

# **La Democracia Cristiana chilena. Trayectoria de un proyecto**

**RICARDO A. YOCELEVZKY R.**

## **I. INTRODUCCIÓN**

Las jornadas de protesta ocurridas en Chile a partir de mayo de 1983 han tenido, entre otros muchos resultados importantes, el de hacer saltar al primer plano al Partido Demócrata Cristiano, el cual ha pasado a desempeñar un papel protagónico como organización a través de algunos de sus cuadros más destacados, en el conjunto del movimiento opositor y sus múltiples manifestaciones.

La reaparición de este actor político central requiere explicación en varios niveles: el primero es cómo su presencia ha cambiado el carácter, la dinámica y las proyecciones de la oposición y, consecuentemente, del conjunto del proceso político que vive el país bajo la dictadura; en un segundo nivel, el buscar los elementos que han hecho posible esto implica un esfuerzo por explicar a la Democracia Cristiana como partido y su inserción en la vida social y política de Chile, lo cual, en un tercer nivel, remite a la necesidad de integrar a esa explicación los factores contextuales que pueden ayudar a la comprensión de ese fenómeno particular.

A partir del hecho indudable de la centralidad de la actuación de los democratacristianos en la coyuntura abierta por la jornada de protesta del 11 de mayo de 1983, se puede suponer que, sin pretender predecir el desenlace de un proceso en curso, una buena manera de interrogar al futuro es intentar poner en claro las características que asume un proyecto político democratacristiano, y cuáles son sus determinaciones. Esto permitiría tener un punto desde el cual mirar hacia los futuros posibles con una hipótesis cuya viabilidad y condiciones de realización jugarán un papel importante en la definición del resultado final del proceso.

El presente ensayo tiene como propósito contribuir en esa línea de análisis, a partir del supuesto de que el proyecto actual de la Democracia Cristiana estará definido dentro de los límites que le fije la inserción estructural, en los sentidos social y político de ese partido y sus cuadros. Por esto se examinará el pasado de los democratacristianos, el recorrido de la estructuración de su proyecto antes de 1964 (año en que llegaron al

poder), el fracaso de su primer intento de aplicación y sus avatares a partir de 1970, como oposición al gobierno de la Unidad Popular, que desembocan en su apoyo al golpe de estado de 1973, y su distanciamiento paulatino de la dictadura establecida a partir de entonces, que culmina casi diez años después con el intento de asumir el liderazgo de la oposición a esa misma dictadura.

Como se ve, el objeto de la descripción es un proyecto, lo cual implica que este análisis asume algunas características que hay que tener presente y, por lo tanto, conviene explicitar. La más importante es que se trata de una "reconstrucción" que se imputa a un actor político colectivo y que, por consiguiente, no todos los individuos involucrados se reconocerán en ese proyecto reconstruido. Incluso es posible que ninguno lo haga. Esto no será demasiado importante si, en cambio, el examen de una construcción tal se refuerza por la plausibilidad de su concreción en modelos ideológicos (programas, estrategias y tácticas), un modelo orgánico (partido) y su desempeño en la historia de la que les ha tocado ser parte.

## II. EL PDC Y LA GÉNESIS DE SU PROYECTO DE 1964

El Partido Demócrata Cristiano de Chile fue fundado en 1957 por la fusión de la Falange Nacional, el Partido Conservador Social-Cristiano (que actuaban coordinados en la Federación Social-Cristiana a partir de 1953) y algunos elementos remanentes del descalabro del ibañismo, que se les sumaron poco más tarde.<sup>1</sup> Este nuevo partido y su líder, Eduardo Frei, alcanzaron prominencia casi inmediatamente (1958) cuando este último logró el tercer lugar en las elecciones presidenciales de ese año, detrás de Jorge Alessandri y Salvador Allende (ganador y segundo, respectivamente).<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Elementos provenientes del ibañismo se integraron al PDC de dos maneras: como individuos que se adhirieron a la candidatura presidencial de Frei en 1958, e ingresaron luego al partido, y como organizaciones o fracciones de ellas que se fusionaron con el nuevo partido. En este último caso estaban el Partido Agrario-Laborista y el Partido Nacional Popular. (Rafael A. Gumucio, "De la Falange a la Democracia Cristiana", apéndice del libro de Ricardo Boizard, *La democracia cristiana en Chile*, Santiago, Editorial Orbe, 1963, p. 335. También véase "III Christian Democratic World Conference. Final Report." (mimeo.), Santiago, 1961, p. 4.)

<sup>2</sup>

### *Elección presidencial del 4 de septiembre de 1958*

|                     |         |        |
|---------------------|---------|--------|
| Jorge Alessandri R. | 389 948 | 31.55% |
| Salvador Allende G. | 356 499 | 28.85% |
| Eduardo Frei M.     | 255 777 | 20.69% |
| Luis Bossay L.      | 192 110 | 15.54% |
| Antonio Zamorano H. | 41 305  | 3.34%  |

FUENTE: Germán Urzúa Valenzuela, *Diccionario político institucional de Chile*, Santiago, Editorial Jurídica de Chile, 1984, p. 137.

Este logro electoral de Frei y los demócratacristianos representaba el inicio de una nueva etapa en el proceso político chileno. A partir de ese momento y hasta 1973, el conflicto se canalizaría por medio de tres fuerzas que representaban un bloque de derecha, un bloque de izquierda y una posición de centro, que sería ocupada por el PDC prácticamente sin competencia, ya que esa misma elección marcó el comienzo del remplazo de los radicales por los demócratacristianos como fuerza hegemónica en el centro del espectro político y entre las clases medias de la sociedad.<sup>3</sup>

En este punto es importante caracterizar la composición social del partido, puesto que ella es una de las claves de las determinaciones de su proyecto. En 1958 el PDC se reveló no sólo como la fuerza hegemónica entre las clases medias, sino que también se transformó en la expresión más pura de la participación política de esos sectores. Esto se puede ver muy claramente en el examen de la trayectoria del grupo que constituía el liderazgo del partido.

El más importante de los componentes que concurren a la fundación del PDC es, sin duda, la Falange Nacional, organización que proveyó lo fundamental de la ideología, el liderazgo y las proyecciones que tuvo la Democracia Cristiana a partir de entonces.<sup>4</sup> En este sentido es necesario decir que la fundación del PDC y la llegada al estrellato político del grupo falangista, formaban parte de un proceso más amplio de modernización del sistema político chileno, que tiene su punto de arranque con la caída

3

*Número de diputados demócratacristianos y radicales*

| <i>Año de elección</i> | <i>(1941-1973)</i> |                     |
|------------------------|--------------------|---------------------|
|                        | <i>PR</i>          | <i>DC (Falange)</i> |
| 1941                   | 44                 | 3                   |
| 1945                   | 39                 | 4                   |
| 1949                   | 42                 | 3                   |
| 1953                   | 19                 | 3                   |
| 1957                   | 36                 | 15                  |
| 1961                   | 39                 | 23                  |
| 1965                   | 20                 | 82                  |
| 1969                   | 24                 | 56                  |
| 1973                   | 5                  | 50                  |

FUENTE: Id. nota 2, pp. 58-61, 73 y 147.

<sup>4</sup> El grupo falangista proveyó el líder (Frei), el ideólogo principal (Castillo Velasco) y, además, como generación, sus miembros terminaron por ser el eje de la nueva organización. Esto se puede ver en la composición del comité que redactó la primera declaración de principios del PDC en 1957: por la Falange Nacional participaron Rafael A. Gumucio, Bernardo Leighton, Tomás Reyes Vicuña, Ricardo Valenzuela y Jaime Castillo Velasco; por el Partido Conservador Social-Cristiano lo hicieron Horacio Walker Larrain, Pablo Larrain Tejeda, Hernán Frías, Daniel Collantes, Alfonso Urrejola y Tomás Pablo. (George Grayson, *El Partido Demócrata Cristiano chileno*, Buenos Aires y Santiago, Editorial Francisco de Aguirre, 1968, p. 326.)

de la dictadura de Carlos Ibáñez en 1931. A partir de ese año comienza la recomposición del sistema político que había entrado en crisis en 1924 —crisis que se había desarrollado a través de una sucesión de gobiernos militares o civiles, pero todos irregulares, y había culminado en la dictadura militar de 1927 a 1931. En este período de dictadura surge en las universidades chilenas una generación de estudiantes que, viéndose excluidos por la dictadura de la participación política, concentran su energía en la discusión ideológica y doctrinaria de los problemas nacionales. Dos grupos de este tipo iban a ser fundamentales en la formación de los cuadros de nuevos partidos políticos: el grupo Avance, algunos de cuyos miembros fueron más tarde destacados militantes del Partido Socialista, y la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos (ANEC), de cuyo seno surgió el núcleo central de líderes falangistas, más tarde democratacristianos.<sup>5</sup>

La primera acción política práctica en que se vio involucrado este grupo fue el movimiento que determinó la caída de Ibáñez, en el cual los estudiantes asumieron la vanguardia de las clases medias. (Johnson, 1958.) La reconstrucción política que siguió a este acontecimiento planteó a estos jóvenes el problema de buscar un domicilio político. Esto parecía quedar resuelto con cierta naturalidad para los jóvenes católicos de ANEC con su ingreso al Partido Conservador. Sin embargo, su integración a este partido resultó problemática y nunca se realizó completamente.<sup>6</sup> En las razones de esta falta de integración se encuentra el primer germen del proyecto democratacristiano.

La naturalidad de la conexión de los jóvenes católicos con el Partido Conservador provenía del carácter clerical de éste y del apoyo que recibía de la jerarquía católica chilena. Sin embargo, la doctrina en que se habían formado los jóvenes de ANEC era la socialcristiana, tal como aparece expuesto en las encíclicas de los papas León XIII y Pío IX, y no era ésta la posición prevaleciente entre los conservadores ni en la jerarquía de la Iglesia.<sup>7</sup> Por otra parte, el rechazo de la dictadura y del conjunto del

<sup>5</sup> Sobre ANEC, véase el libro de Oscar Larson *La ANEC y la Democracia Cristiana*, Santiago, Editorial Ráfaga, 1967, además de los libros de Grayson y Boizard ya mencionados. Referencia al grupo Avance se encuentra, por ejemplo, en el libro de Carlos Charlín *Del avión rojo a la República Socialista*, Santiago, Editorial Quimantú, 1972, p. 379.

<sup>6</sup> El grupo formado originalmente en ANEC ingresó en 1932 a la Asamblea de Propaganda Conservadora, un apéndice del Partido Conservador. En 1933 organizaron el Centro de Estudiantes Conservadores, reservándose un grado importante de autonomía, puesto que el ser miembro del Centro no implicaba automáticamente ser miembro del Partido Conservador. En 1935 organizaron el Movimiento Nacional de la Juventud Conservadora, el cual era representado en el Comité Ejecutivo del Partido Conservador por Eduardo Frei, pero contaba con su propia publicación (*Lirca*) y su propia declaración de principios (el manifiesto "A la juventud chilena"), todo lo cual los identificaba como un grupo de ideología social-cristiana distinto, dentro del Partido Conservador. (Véase Grayson, *op. cit.* y Boizard, *op. cit.*)

<sup>7</sup> Sobre el conflicto en la Iglesia católica a propósito de las encíclicas sociales y la



período del cual ésta fue la culminación, era la marca distintiva de los jóvenes que ingresaban a la actividad política y entre los conservadores, sólo por excepción, se encontraba un político libre de la mácula de colaboración con la dictadura. Y esa excepción, fue —es importante recordarlo— don Rafael Luis Gumucio, político conservador que por no haber transigido con la dictadura resultó atractivo para estos jóvenes, y alrededor de su influencia se agruparon dentro del Partido Conservador. Es importante recalcar el carácter moral de esta vinculación, lo que se demuestra por el hecho de que don Rafael Luis Gumucio no era un socialcristiano, sino un conservador tradicional que veía la renovación de los cuadros del partido que estos jóvenes representaban como más importante que la renovación ideológica que ellos querían imponer. (Larson, 1967: 24.)

En términos más amplios, esta difícil convivencia dentro del Partido Conservador era, para los jóvenes de ANEC, la confrontación crucial entre el pensamiento doctrinario que los unía como grupo y la práctica política centrada en los problemas nacionales concretos. Por otra parte, en el ámbito de la sociedad y la política nacionales, representaban en la derecha conservadora el proceso general de ampliación de la élite política oligárquica, que había caracterizado al régimen parlamentario vigente en Chile entre 1891 y 1924. Las características de este cambio sólo quedaron claras en 1938, cuando el Frente Popular accedió al poder, mostrando que la reconstrucción del sistema político chileno bajo un régimen presidencialista (estatuído en la constitución de 1925) era posible sobre la base de una alianza de las clases medias y los sectores populares urbanos, que se expresaban en partidos cuyo personal se reclutaba entre la clase media con educación universitaria. Esta alianza, que expresaba el sentido general del desarrollo político del país, implicaba una ampliación de la participación de algunas clases sociales y el control del aparato del gobierno y del sistema de partidos por esta nueva élite de clase media, educada y dependiente del Estado, bajo cuya hegemonía transcurrió todo el proceso siguiente, hasta 1973.<sup>8</sup>

El grupo ANEC coincidía con estas características del proceso general, tanto por su extracción de clase como por su ideología. Esto último, sin embargo, requiere un examen un poco más detallado. Quienes conciben a la Democracia Cristiana como un “partido ideológico” y a su trayectoria como los esfuerzos por aplicar esa ideología que definiría y explicaría al partido, encuentran ciertas dificultades al confrontar los hechos, no sólo relativos a la Falange Nacional sino también del conjunto de la política

participación del clero y de los católicos en general en política durante las primeras décadas del presente siglo, véase Grayson, *op. cit.* y Norbert Lechner, *La democracia en Chile*, Buenos Aires, Editorial Signos, 1970, p. 87.

<sup>8</sup> El funcionamiento del sistema de partidos era posible, en buena medida, por la similitud de los cuadros dirigentes, compartida por casi todos los partidos, y por la socialización, común para muchos políticos chilenos, a través de la política estudiantil.

chilena de los años treinta. De las concepciones abstractas con las que llegan armados a la política los jóvenes universitarios, es poco lo que resiste la prueba de la aplicación a la realidad. En el caso del grupo ANEC se conserva la idea de buscar una tercera posición entre el "capitalismo liberal" y el "socialismo", contenida en las encíclicas, pero, poco a poco, la solución corporativista que se propone en esos documentos de la Iglesia va perdiendo presencia en las declaraciones de los socialcristianos chilenos. Esto ocurre por varias razones, entre las que es importante destacar, por ejemplo, la necesidad de desvincularse de la posible interpretación fascista de tales concepciones, a lo cual los empuja tanto el desarrollo de la situación mundial como la pretensión de desempeñar un papel en la política nacional.<sup>9</sup>

No sólo a los falangistas les ocurría esto. Así como ellos, llamándose Falange a partir de 1938, participaron en actividades de apoyo a los republicanos españoles exiliados después de su derrota de 1939, el Frente Popular llegó al poder en 1938 con apoyo electoral de los nacionalsocialistas chilenos.<sup>10</sup> Todo esto no es tanto una muestra de incoherencia como de la inadecuación de las doctrinas al uso para expresar la acción concreta de estos cuadros políticos que, a pesar de todo, lograron estructurar un sistema de alianzas sociales y políticas que, con el contenido del Frente Popular de 1938, orientó el desarrollo nacional por diez años.

Lo que caracteriza a la Falange Nacional en todo este período es su posición centrista, su escaso apoyo electoral y su alta integración a la élite política. Esto puede parecer contradictorio, pero se explica por la participación de los falangistas en un sistema de negociaciones y alianzas que tenía por sede un parlamento pluripartidista, en el que una mínima representación podía resultar decisiva en el momento de conformar bloques, lo cual les dio, en cambio, la oportunidad de acceder a puestos de nominación (incluso ministerios), por lo que sus cuadros dirigentes obtuvieron una figuración y participación que no correspondía a su fuerza electoral. Esto, a su vez, les garantizaba la permanencia en el sistema, pues los cuadros así destacados mantenían una clientela electoral personal y geográficamente localizada, que bastaba para garantizar su presencia en el Parlamento y su

<sup>9</sup> Por una parte estaba el esfuerzo de deducir políticas para Chile a partir de ideas tan generales como las contenidas en las encíclicas, lo cual se puede rastrear a través de las declaraciones de principios, otros documentos programáticos e, incluso las tesis profesionales con las que algunos de los fundadores del grupo se graduaron en las universidades chilenas en la década del treinta, pero, por otro lado, su inserción en la práctica política fue muy rápida. Ya en 1937 un miembro del grupo, Bernardo Leighton, fue designado ministro del Trabajo, a los 28 años de edad.

<sup>10</sup> Esto se debió a los sangrientos sucesos del 5 de septiembre de 1938, cuando un intento de asalto al poder por los nazis criollos fue sofocado con una masacre, por lo cual decidieron dar su apoyo al candidato opositor, Pedro Aguirre Cerda. Dada la pequeña diferencia de votos entre los dos candidatos (4 111) se puede pensar que este apoyo fue decisivo.

participación en el sistema de alianzas.<sup>11</sup> Es importante recordar aquí que la Falange llegó a representar el 5 por ciento de la votación nacional por primera vez en 1956 (6.37 por ciento).

El crecimiento del partido a diferencia del de su apoyo electoral, es importante en este período. Sobre la base del reclutamiento del mismo tipo de cuadros que originó la organización (estudiantes universitarios), nuevas generaciones cada vez más amplias lo fueron engrosando. Este desarrollo tiene importancia porque revela algunas características que habría de asumir el proyecto demócratacristiano más tarde. El crecimiento de la influencia falangista entre los universitarios es un indicador de la incapacidad de los radicales, representantes más tradicionales de las clases medias, para atraer a los sectores más jóvenes y más modernos de esos mismos grupos sociales. La clientela del Partido Radical estaba formada tradicionalmente por sectores burocráticos, empleados públicos, y se había reforzado esta imagen durante los gobiernos radicales que comienzan con el Frente Popular, en 1938, y terminan con su derrota a manos de Ibáñez, en 1952.

El intento populista de Ibáñez es una respuesta al desgaste de la política partidaria durante los gobiernos radicales que había resultado en una crisis del sistema de partidos —proscripción del Partido Comunista y división y fraccionamientos de casi todos los demás partidos.<sup>12</sup> La fundación del pdc en 1957 aparece así como parte de la recomposición del sistema de partidos, una vez fracasado el intento populista,<sup>13</sup> y como indicador de la recomposición del sistema de alianzas en un esquema de tres bloques que ya ha sido mencionado. La posición ventajosa en la que aparece la Democracia Cristiana en esta recomposición, especialmente con respecto a los radicales, se explica tanto por el desgaste de estos últimos como por los desarrollos ideológicos que tenían lugar entre los falangistas.

Los radicales aparecían como los principales responsables del desgaste de la política partidaria. Bajo sus gobiernos se había transformado a los puestos en la administración pública en botín de los vencedores en las contiendas electorales. El sistema de alianzas perdió el contenido social del Frente Popular y se transformó en un bazar de arreglos oportunistas que condujo en la última administración radical, la de Gabriel González Videla, a que casi todos los partidos importantes pasaran alguna temporada en el gobierno y otras en la oposición.<sup>14</sup>

<sup>11</sup> A pesar de lo reducido de su representación parlamentaria (véase la nota 3), la Falange Nacional participó en los gabinetes ministeriales en tres ocasiones entre 1942 y 1952.

<sup>12</sup> En esta crisis se dividieron los conservadores en "tradicionalistas" y social-cristianos, del Partido Radical se desprendió la fracción "doctrinaria" y del Partido Socialista surgieron los socialistas populares y los "de Chile".

<sup>13</sup> En 1957 desaparecen los radicales doctrinarios, lo que queda de los conservadores social-cristianos se fusiona con la Falange Nacional (estando la otra parte ya de vuelta en el Partido Conservador "Unido"), y se reune el Partido Socialista.

<sup>14</sup> El primer gabinete ministerial incluía liberales, radicales y comunistas, mientras

En esta situación, los falangistas sacaban ventaja de la carencia de planteamientos ideológicos de los radicales. Por una parte, el anticlericalismo y laicismo radicales habían perdido sentido al reconstruirse el sistema político en los años treinta, con la separación de Iglesia y Estado ya establecida en la Constitución de 1925, y la disposición de los radicales a hacer alianzas con cualquier otra fuerza les restaba credibilidad a sus planteamientos de principios, si es que se preocupaban por hacerlos. Por otro lado, los falangistas, gracias a su contacto con el mundo de las universidades, recogían el nuevo clima ideológico creado por las preocupaciones por el desarrollo económico en América Latina después de la segunda guerra mundial. Esto, a su vez, los hacía atractivos para las nuevas generaciones de estudiantes universitarios, lo cual quedó comprobado por el dominio de la Federación de Estudiantes de Chile, ganado por los falangistas en 1956 y que mantuvieron los demócratacristianos bajo su control hasta 1969.<sup>15</sup>

Todos estos factores contribuyeron a que, al momento de su fundación, en 1957, el PDC apareciera como una nueva fuerza, en el sentido de estar compuesta por jóvenes, que al mismo tiempo ofrecía un liderazgo perfectamente integrado a la élite de políticos profesionales, con la ventaja de no compartir el desprestigio de estos últimos. Esto se debía a que los líderes del nuevo partido, formados en la ANEC y a través de su paso por la Juventud Conservadora y la Falange Nacional, a pesar de su participación en el Parlamento y en algunos gabinetes ministeriales, aparecían libres de toda responsabilidad por la actuación de los gobiernos en los que habían tenido parte por haber sido siempre una fuerza minoritaria debido a su debilidad electoral.

Ideológicamente también aparecían como un elemento renovador. De las encíclicas conservaban la idea de una tercera posición entre capitalismo y socialismo, pero dejaban en el camino el corporativismo (entre otras cosas por sus connotaciones fascistas) y, en su lugar comenzaban a hablar de una "sociedad comunitaria", proyecto nunca definido con precisión, pero cuya misma ambigüedad resultó muy útil.<sup>16</sup> Por otra parte, esta misma

los falangistas también apoyaban al gobierno. Después de expulsar a los comunistas del gobierno, primero, y ponerlos fuera de la ley en seguida, Gabriel González recibió el apoyo de los conservadores. Tras la crisis de los partidos, precipitada por la legislación anticomunista, los falangistas, conservadores social-cristianos y radicales formaron un gabinete llamado "de sensibilidad social", que duró casi hasta el fin del período.

<sup>15</sup> La Federación de Estudiantes de Chile (FECH), que agrupaba a los estudiantes de la principal universidad estatal, era un verdadero barómetro de la política chilena. Un indicador importante de las posibilidades de la izquierda para ganar la elección presidencial de 1970 fue el triunfo sobre la Democracia Cristiana en las elecciones de la FECH en 1969. Los demócratacristianos dominaron las organizaciones estudiantiles de casi todas las universidades chilenas durante toda la década del sesenta.

<sup>16</sup> Típicamente, las búsquedas de terceras posiciones entre capitalismo y socialismo, producen un amplio acuerdo en tanto se propongan en términos negativos (ni lo uno ni lo otro). Sin embargo, los intentos de precisar una formulación positiva rom-

idea de sociedad comunitaria aparecía ligada, en el pensamiento democratacristiano, a la ideología del desarrollo económico elaborada por la CEPAL y esta conexión, que era más que una pura coincidencia ideológica, daba a los líderes democratacristianos un carácter “moderno” frente al resto de los políticos chilenos, y estimulaba una visión tecnocrática de los problemas nacionales en los miembros más jóvenes del partido.<sup>17</sup>

A las ideas de la CEPAL acerca del desarrollo económico se agregó una concepción del desarrollo social que constituye la otra fuente principal de lo que llegó a ser el proyecto democratacristiano, entendido como programa, estrategia y táctica para la toma del poder. El artífice de esta teorización fue el jesuita belga Roger Vekemans, quien llegó a Chile en 1957 y fue director de la Escuela de Sociología de la Universidad Católica. (Labarca, 1968: 75-106.) El nudo de su teoría está en el rechazo de la lucha de clases como principio de descripción y explicación de la sociedad, y su remplazo por la oposición entre “marginalidad” e “integración”. Examinando empíricamente la participación política en Chile, constataba que a pesar de que los partidos políticos y las organizaciones sindicales canalizaban la participación de importantes sectores de la población, y lo hacían, en general, organizándolos y definiendo sus intereses con sentido clasista, existían, sin embargo, grandes masas de individuos excluidos de toda participación y, teóricamente, según esta visión, no susceptibles de ser organizados ni de acceder a la participación social, económica o política, dentro de los esquemas ideológicos y organizativos vigentes. Los grupos así definidos eran, fundamentalmente, los campesinos y los pobladores urbanos. (Vekemans, 1967.) La organización y movilización de estos sectores podía proporcionar a la Democracia Cristiana una clientela electoral que le permitiera alcanzar el poder y, más tarde, esos mismos sectores organizados bajo el control del Estado podrían hacer posible cambiar el carácter clasista de la participación política, canalizada hasta entonces por el sistema de partidos existente. Se perfilaba así un proyecto global de desarrollo basado en una alianza social que sería representada por el mismo pdc eliminando la necesidad de hacer alianzas políticas con otros partidos.

El proyecto de desarrollo económico estaría centrado en un plan de industrialización que requeriría de una ampliación del mercado consu-

pen el acuerdo. Como es obvio, estas rupturas no obedecen a determinaciones puramente ideológicas. La “sociedad comunitaria”, en la propuesta de Chonchol y Silva Solar, se parecía a alguna forma de socialismo autogestionario. Sin embargo, en el uso normal de esta imagen por los miembros del partido, no se entendía estrictamente así. La sociedad comunitaria era una fórmula de apariencia positiva que ocultaba que el acuerdo permanecía en el nivel negativo de las terceras posiciones, como lo demostraron los conflictos internos en el pdc durante el período de gobierno de Frei. (Véase Julio Silva Solar y Jacques Chonchol, *El desarrollo de la nueva sociedad en América Latina*, Santiago, Editorial Universitaria, 1965, y Claudio Orrego V., *Solidaridad o violencia, el dilema de Chile*, Santiago, 1969.)

<sup>17</sup> Un texto clave que establece esta conexión es el libro de Jorge Ahumada, *En vez de la miseria*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1958.

midor y de la provisión de materias primas, lo que hacía necesario modernizar la agricultura por medio de una reforma agraria, y redistribuir el ingreso, tanto a través de políticas salariales como de la integración de los sectores marginales urbanos a la producción. Los grupos sociales que eventualmente podrían apoyar tal proyecto eran: los industriales más "modernos" y dinámicos, los campesinos y los sectores populares urbanos, que se beneficiarían, además, con una mejor distribución de servicios sociales por parte del Estado. Al partido le correspondía proporcionar la dirección estratégica y los cuadros que desde el gobierno y dada su capacidad técnica, dirigirían la aplicación del proyecto manteniendo una relación clientelista con los sectores sociales que constituyeran su apoyo político.<sup>18</sup>

Los obstáculos sociales y políticos no parecían insalvables. En la derecha, la oposición a este proyecto podía esperarse de los terratenientes, quienes hegemonizaban la representación política de la clase dominante gracias a que controlaban el voto de los campesinos, imposibilitados legalmente para organizarse en forma independiente.<sup>19</sup> Esto garantizaba al sector rural de la clase dominante una sobre-representación en el Parlamento, debido a que la distribución geográfica de los asientos en éste, fijada en los años treinta, nunca tomó en cuenta la creciente urbanización del país.<sup>20</sup> La liberación de los campesinos de este control por medio de la reforma agraria y su organización en sindicatos, tendría el efecto de eliminar la razón de la hegemonía de los terratenientes sobre el resto de la burguesía, en tanto que la integración de las masas campesinas al mercado consumidor resultaría atractiva para las fracciones comerciales e industriales

<sup>18</sup> La exposición más completa del proyecto con que llegaron al poder los demócratacristianos está contenida en el llamado *Libro azul*, "Informe preliminar para un programa de gobierno de la Democracia Cristiana. Primer Congreso Nacional de Profesionales y Técnicos de la Democracia Cristiana e Independientes", Santiago, Editorial del Pacífico, 1962.

<sup>19</sup> La legislación vigente desde 1947 acerca de la sindicalización de los trabajadores rurales dejaba sin posibilidades de organizarse al 83 por ciento de ellos. (Jacques Chonchol, "Poder y reforma agraria en la experiencia chilena", en *Chile hoy*, México, Siglo XXI, 1970, p. 283.) El nivel de sindicalización en el sector agrícola era en 1965 de 3.3 por ciento. (Alan Angell, *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile*, México, Editorial Era, 1974, p. 56.)

20

*Distribución porcentual de la población urbana y rural*

| <i>Año</i> | <i>Pobl. urbana</i> | <i>Pobl. rural</i> |
|------------|---------------------|--------------------|
| 1930       | 49.4                | 50.6               |
| 1940       | 52.5                | 47.5               |
| 1950       | 58.7                | 41.3               |
| 1960       | 68.9                | 31.1               |

FUENTE: James Petras, *Politics and social forces in Chilean development*, Berkeley, University of California Press, 1972, p. 15.

de ésta, con lo cual, al dar su apoyo al proyecto demócratacristiano, aislarían al sector terrateniente, que quedaría así muy debilitado como oposición a las transformaciones en el sector rural.

En la izquierda, el problema era la dominación del movimiento sindical por los partidos marxistas (Socialista y Comunista), lo cual redundaba en un gran apoyo electoral para estos partidos entre los obreros y otros sectores populares.<sup>21</sup> Superar este obstáculo parecía posible a partir del diagnóstico de la marginalidad, que señalaba las limitaciones estructurales que la ideología y el modelo organizativo "clasista" aplicado por la izquierda encontraba en la sociedad chilena, y de la estrategia, más tarde bautizada como "promoción popular", que buscaba integrar a los sectores populares definidos como "marginales" a formas de organización no clasistas que establecieran una relación de clientela con el pdc y, más tarde, con el gobierno, una vez que el partido hubiera alcanzado el poder.<sup>22</sup>

Desde el punto de vista del financiamiento de este programa de desarrollo, los demócratacristianos pensaban que era necesaria mayor participación estatal en la capitalización, para lo cual era preciso mayor participación nacional (estatal) en los ingresos de la exportación de cobre —cuya explotación estaba en manos de transnacionales norteamericanas— y mayor control estatal de los grupos de poder económico nacionales, de tal manera que el Estado tuviera la posibilidad efectiva de asumir la dirección estratégica de la aplicación del proyecto.

Se puede destacar que así como las políticas de desarrollo inspiradas en las ideas de la CEPAL constituían una racionalización e intento de prolongación de las políticas que se habían aplicado en algunos países latinoamericanos como paliativo a los efectos de la crisis de comienzos de los años treinta y de la segunda guerra mundial, así también una vez que esas condiciones habían cambiado, el proyecto social y político de los demócratacristianos para Chile representaba una racionalización de los resultados del desarrollo chileno a partir del Frente Popular, que buscaba consolidar el tipo de alianza social que éste representaba, ampliándola al sector rural y expresándola en un partido único y no en una alianza de partidos.

Tanto el desarrollo estructural como algunos elementos coyunturales presentes en la primera mitad de la década del sesenta, iban a proporcionar

<sup>21</sup> La relación entre votación por la izquierda y clase obrera, especialmente minera, fue consignada por numerosos análisis de resultados electorales. Véase por ejemplo, Urs Muller, "La voz de las cifras (1957-1971)", *Cuadernos de la Realidad Nacional*, núm. 14, octubre de 1972. También Enzo Faletto y Eduardo Ruiz, "Conflicto político y estructura social", en *Chile hoy*, México, Siglo XXI, 1970. Sobre la relación de los partidos Socialista y Comunista con el movimiento sindical, véase Alan Angell, *op. cit.*

<sup>22</sup> Véase *Los siete misterios de la Promoción Popular y Hacia la comunidad organizada*, panfletos de propaganda de la Promoción Popular publicados por el gobierno de Frei.

a este proyecto la oportunidad de enfrentarse a la prueba de su puesta en práctica.

### III. EL TRIUNFO DEL PDC Y SU DESEMPEÑO EN EL PODER

En las condiciones que explican el triunfo electoral que convirtió a Eduardo Frei en presidente de la república en 1964, se encuentran los orígenes de las posibilidades y limitaciones con las que se enfrentó la aplicación del proyecto democratacristiano entre 1964 y 1970.

En el terreno internacional la situación era particularmente favorable. La política norteamericana hacia América Latina había sufrido un vuelco durante el gobierno de Kennedy, buscando neutralizar el ejemplo que la revolución cubana podía representar para el resto del continente. Esta nueva política del gobierno de los Estados Unidos se concretaba en dos programas: el primero, de carácter militar y de inteligencia, destinado a reforzar los dispositivos de contrainsurgencia de los gobiernos latinoamericanos con apoyo, equipo, asesoría y coordinación de los norteamericanos, y, el segundo, un programa de apoyo al desarrollo económico de estos países, destinado a actuar sobre las causas que podrían posibilitar una repetición del caso cubano, encuadrado dentro de la Alianza para el Progreso, acuerdo especial estructurado dentro de la Organización de Estados Americanos (OEA). (Levinson-De Onís, 1970.)

La Alianza para el Progreso recogía, en general, las ideas que acerca del desarrollo económico difundía la CEPAL, que habían llegado a ser dominantes en algunos segmentos de las élites políticas civiles de los países del continente. En el caso de Chile, la coincidencia con los democratacristianos era prácticamente total. Tanto es así que el programa de gobierno con que Frei enfrentó la campaña presidencial asumió la forma de un plan de desarrollo económico que cumplía con todos los lineamientos de la Carta de Punta del Este, documento que fundaba la Alianza para el Progreso.<sup>23</sup>

La situación política interna también favoreció a los democratacristianos, puesto que el gobierno de Jorge Alessandri (1958-1964) terminó en medio de un deterioro generalizado de las condiciones de vida de los sectores populares y de las clases medias. La campaña presidencial había comenzado con tres candidatos, representando a los tres bloques principales de 1958: una alianza conservador-liberal-radical en la derecha, que representaba al gobierno que terminaba; los democratacristianos al centro, y el Frente de Acción Popular (FRAP) en la izquierda, bloque que tenía como eje a una alianza comunista-socialista a la que se sumaban otras fuerzas menores. Una elección extraordinaria, debida a la muerte de un diputado, dio lugar a una prueba de fuerza entre las tres candidaturas presidenciales

<sup>23</sup> Para esta comparación, véase el *Libro azul*, ya citado (nota 18) y la "Carta de Punta del Este" en el apéndice del libro de Levinson y De Onís (1970).



en una provincia agrícola del centro del país. El resultado de esta elección, un sorpresivo triunfo de la izquierda, a pocos meses de la elección presidencial, precipitó la crisis política de la derecha. La alianza en el gobierno se quebró, conservadores y liberales dieron su apoyo incondicional a los demócratacristianos, en tanto que los radicales mantuvieron a su candidato ya sin esperanzas de obtener un resultado decoroso, con el fin de evitar que una parte del apoyo electoral de ese partido se volcara hacia la izquierda. Lo original del caso chileno era que la amenaza comunista no provenía de una guerrilla, en la línea del ejemplo cubano, sino de la participación electoral.

La campaña de Frei estuvo constituida a partir de entonces por tres elementos que lo condujeron a la victoria, pero que no garantizaban la aplicación del proyecto demócratacristiano: 1] la intervención norteamericana en su favor; 2] el apoyo de las fuerzas más tradicionales de la derecha, y 3] la campaña propiamente demócratacristiana.

La intervención norteamericana estuvo constituida fundamentalmente por el apoyo económico a los demócratacristianos y por una campaña de propaganda anticomunista nunca antes vista en Chile, destinada a asegurar la votación efectiva de la derecha por Frei.<sup>24</sup>

Las fuerzas de derecha pusieron todo su peso electoral detrás de Frei para evitar un triunfo de la izquierda. Participaron activamente en la campaña anticomunista y no hicieron ningún acuerdo político con la Democracia Cristiana.

En estas condiciones, los demócratacristianos, y Frei mismo,<sup>25</sup> continuaron su campaña como si todo el apoyo que recibían fuera para su proyecto, aun cuando sabían muy bien que no era ése el caso. El apoyo de la derecha, los Estados Unidos, la Democracia Cristiana europea (especialmente la alemana), la Iglesia católica y, en general, todas las fuerzas anticomunistas, dieron a los demócratacristianos la oportunidad de llegar con su propaganda y con sus programas caritativos de promoción social a todos los sectores de la sociedad. (Grayson, 1968; Olavarría, 1966.)

El triunfo de Frei fue arrollador. Sin embargo, algunas de las características de la distribución de su fuerza electoral daban qué pensar: ganó sin contrapeso entre las mujeres, las capas altas y medias urbanas y los sectores marginales, tanto urbanos como rurales, es decir, pobladores y campesinos. Allende ganó entre los varones de las zonas obreras más tradicionales, especialmente las provincias mineras. (Müller, 1972.) El problema que anunciaba esta heterogeneidad del apoyo electoral recibido

<sup>24</sup> U.S. Senate. Select Committee to study governmental actions with respect to intelligence activities. Staff report: *Covert action in Chile 1963-1973*, Washington, U.S. Government Printing Office, 1975.

<sup>25</sup> En su discurso de campaña del 21 de junio de 1964, Frei enfatiza que el apoyo que recibe es "apoyo incondicional a un programa que pertenece sólo al pueblo de Chile".

por los demócratacristianos era que para la aplicación de su programa, se verían enfrentados a expectativas divergentes.

En la elección parlamentaria que siguió casi inmediatamente a la elección de Frei, el PDC logró una mayoría sin precedentes entre los diputados (82 de 147, pero por las particularidades del sistema electoral vigente no les dio mayoría en el Senado).<sup>26</sup> Más aún, ni siquiera lograron un tercio en la Cámara Alta. Esto colocaba al gobierno en la necesidad de negociar sus propuestas de ley a través de las cuales debía concretarse la aplicación de su programa con las otras fuerzas representadas en el Parlamento.

Si la coyuntura electoral de 1964-1965 les había proporcionado el apoyo de un conjunto de sectores que coincidía con lo previsto en sus análisis, los demócratacristianos tenían todavía por delante la tarea de demostrar que eran capaces de expresar en forma más o menos permanente una alianza de tales sectores. Para consolidar este apoyo confiaban en la aplicación de las medidas concretas de su programa de gobierno. Sin embargo, la correlación de fuerzas en el Parlamento y la necesidad de hacer aprobar como leyes algunas de sus proposiciones programáticas, los colocaron a ellos y a su gobierno en la situación de tener que negociar con otros partidos políticos. Frente a esto y siendo su proyecto estratégico el de convertirse en un partido que expresara por sí mismo una alianza social, su táctica fue no establecer alianzas permanentes de partidos sino permanecer como partido único de gobierno, con sólo el apoyo permanente del pequeño Partido Democrático Nacional (PADENA), y negociar cada proyecto de ley específico con las fuerzas políticas que pudieran garantizar su aprobación, fueran éstas de derecha, de izquierda o de centro. Esta definición táctica no obedecía sólo a la definición estratégica sino también a la consideración práctica de la situación de las fuerzas en el Parlamento. De hecho, ninguna alianza permanente, de entre las disponibles teóricamente, les habría garantizado el apoyo al conjunto de su programa. Cualquier alianza permanente habría implicado recortes al programa o reconsideración de algunas de las medidas propuestas en él.

Sin entrar en el detalle de los avatares de cada propuesta en el Parlamento, se puede afirmar que, en definitiva, los que aparecían como elementos complementarios en el proyecto se transformaron en alternativas de acción en la práctica, alternativas que a su vez, se expresaron como diferencias entre el gobierno y el partido y alcanzaron su punto más alto como enfrentamiento de tendencias y fracciones dentro de la propia organización de la Democracia Cristiana. La descripción de esta situación requiere una especificación más o menos cuidadosa porque se trata de algo

<sup>26</sup> El Senado estaba compuesto por 45 miembros, 5 por cada una de nueve agrupaciones de provincias. Duraban ocho años en el cargo, renovándose cada cuatro la parte correspondiente a las agrupaciones de número par o impar alternadamente. En 1965 se eligieron sólo 20 senadores, de los cuales 11 eran demócratacristianos, con lo cual su representación quedó en 13 senadores.

más complejo que la simple diferenciación de izquierda y derecha dentro del PDC fundamentada, normalmente, en el supuesto pluriclasismo de la composición social de este último.<sup>27</sup>

La composición social del partido era menos variada de lo que se supone al confundir la organización con su apoyo electoral. El control del partido, y lo fundamental de su funcionamiento, comprometía a un conjunto de cuadros de clase media con educación universitaria, integrados a una élite de políticos profesionales que compartían esas mismas características y que, en conjunto, controlaban el sistema político nacional. En este sentido, los demócratacristianos eran sólo la expresión más pura de un fenómeno más general y sus tácticas y estrategias clientelistas con respecto a otros sectores sociales eran sólo un correlato lógico de su visión tecnocrática del desarrollo del país.<sup>28</sup> Visto desde esta perspectiva, el conflicto interno en el partido era el enfrentamiento de posiciones tácticas diferentes, en función de una estrategia común. Esto es verdad, al menos, en una primera etapa, cuando el conflicto aparecía como un problema de coordinación entre el gobierno y el partido.

Lo que parecía una división lógica del trabajo en la que el gobierno privilegiaba aquellas medidas centrales para el desarrollo económico (como los acuerdos con las compañías norteamericanas del cobre, conocidos después como nacionalización pactada o chilenización del cobre), en tanto el partido ponía énfasis en aquellas que significaban transformación política o social (como la reforma agraria o la sindicalización campesina), se transformó en un conflicto cuando el gobierno, Frei personalmente, comenzó a negociar con la derecha el apoyo de ésta en el Parlamento a los convenios del cobre a cambio de limitaciones en los proyectos de transformación social. En este punto se presentaba un conflicto entre dos metas estratégicas: por un lado, la necesidad de hacer de la Democracia Cristiana una alternativa de representación política para un sector importante de la burguesía, al menos aquel definido como más moderno y dinámico, y, por otro, la urgencia de consolidar el apoyo electoral obtenido por razones

<sup>27</sup> Particularmente los análisis hechos por los voceros de la izquierda chilena adolecen de un cierto sociologismo mecanicista. Al distinguir una fracción que se ubica más a la izquierda dentro de la Democracia Cristiana se le quiere imputar un contenido popular que explicaría y justificaría las posiciones adoptadas. La dificultad para una visión como ésta es que quienes participaban en los conflictos internos del PDC eran cuadros cuya composición social era bastante homogénea.

<sup>28</sup> Ya se ha dicho que, en general, la élite política profesional estaba constituida mayoritariamente por personal de clase media con educación universitaria. La variabilidad de esta composición crecía en la medida que se acercaba a los extremos de izquierda o derecha. En el centro, la Democracia Cristiana no sólo reunía una mayor proporción de cuadros con estas características sino que, además, obtenía el apoyo mayoritario entre esos sectores de la sociedad. La alta dependencia de estos sectores profesionales con respecto al Estado se ofrece como una primera hipótesis para explicar la visión tecnocrática y, en buena medida, estatista contenida en los programas de desarrollo económico propuestos por los demócratacristinos.

coyunturales en 1964 y 1965. Ambas tareas aparecían ahora complicadas por obstáculos sociales y políticos que obligaban al gobierno y al partido a asumir posiciones divergentes.<sup>29</sup>

En el campo de la burguesía, la Democracia Cristiana tuvo un primer éxito al aislar a los terratenientes de la base de su poder político, y privar de esta manera la legitimidad de la reacción antirreforma agraria. Sin embargo, el complejo de intereses que amalgamaba a la burguesía se enfrentó a la reforma agraria defendiendo el derecho de propiedad en general frente al intervencionismo estatal, sentando así las bases de la reconstrucción de su propia representación política, fundada ahora no en el control del voto campesino sino en la movilización masiva de la pequeña burguesía, tanto urbana como rural.<sup>30</sup> Tras aceptar el gobierno las limitaciones a las reformas en el sector rural, su actitud se volvió defensiva. Buscó el apoyo de las clases dominantes haciendo cada vez mayores concesiones en todos los demás sectores: las reformas de la banca y de la empresa, contenidas en el programa, no llegaron siquiera a ser propuestas al Parlamento, en tanto que el capital extranjero no fue sujeto a ninguna nueva medida de control después de los convenios del cobre.<sup>31</sup>

En los sectores populares el apoyo obtenido al comienzo no fue consolidado por varias razones: primero, la oposición política impidió que se organizara a los sectores marginales recientemente movilizados de manera que constituyeran un movimiento de masas dependiente del Estado;<sup>32</sup> se-

<sup>29</sup> Obtener el apoyo de la burguesía, o al menos su confianza, era una tarea del gobierno y, en particular, un factor a tener en cuenta al definir el modo de aplicar las reformas propuestas en su programa. Consolidar el apoyo electoral obtenido entre la clientela popular aparecía como una tarea propia del partido. En abril de 1965 se realizó una reunión de los ministros y los parlamentarios demócratacristianos en la que se acordó que los últimos discutirían las iniciativas del gobierno dentro del partido y no en el Parlamento. Una vez enviadas éstas como proyecto de ley al Congreso por el Ejecutivo, los parlamentarios demócratacristianos deberían apoyarlas en bloque. (Véase Arturo Olavarría Bravo, *op. cit.*, vol. I, pp. 80-81.)

<sup>30</sup> Previa a la aprobación de la reforma agraria fue necesaria una reforma constitucional referida al derecho de propiedad. En ocasión de esto, la derecha mostró algunas de sus nuevas características: 1) aparición de nuevas organizaciones de ultraderecha, fuera del espectro cubierto por la política parlamentaria, como FIDUCIA, Sociedad Chilena para la Defensa de la Tradición, la Familia y la Propiedad, que hizo su aparición pública en 1965 por medio de una campaña de recolección de firmas para oponerse a las reformas al derecho de propiedad, y 2) la reactivación de las organizaciones corporativas de la burguesía, que ahora buscan desarrollarse como organismos de movilización de masas. (Véase la carta de FIDUCIA en *El Mercurio*, Santiago, 15 de mayo de 1965, y la declaración de la Confederación de la Producción y el Comercio pidiendo garantías para la propiedad no afectable por la reforma agraria, minera, industrial y urbana, en *El Mercurio*, Santiago, 28 de abril de 1967.)

<sup>31</sup> Sobre el destino de las propuestas de los "técnicos" demócratacristianos para reformar el trato al capital extranjero, véase Ricardo Ffrench-Davis, *Políticas económicas en Chile, 1952-1970*, Santiago, CEPAL, Editorial Nueva Universidad, 1973, p. 114.

<sup>32</sup> La ley que legalizaba las juntas de vecinos fue aprobada en 1968, una vez que el gobierno eliminó del proyecto la propuesta de hacerlas dependientes del Estado a

gundo, la izquierda, tomando nota del éxito electoral de los demócratacristianos en esos sectores, desarrolló su propia estrategia de penetración en ellos, impulsando sus reivindicaciones más allá de la capacidad del gobierno para satisfacerlas. De esta manera fracasaron los intentos de crear un movimiento de masas ajeno a la influencia de la izquierda y, además, los encargados de desarrollar la relación clientelista de la Democracia Cristiana con los sectores populares se vieron enfrentados al gobierno al tener que impulsar reivindicaciones que resultaban de su competencia con la izquierda en los frentes de masas.<sup>33</sup>

Estas tácticas contradictorias del gobierno y el partido corrieron, sin embargo, paralelas hasta 1967, cuando una elección general para las municipalidades dio la medida del desgaste del apoyo electoral de los demócratacristianos. (El porcentaje de votación por el PDC bajó de 42.3 por ciento en 1965 a 35.6 en 1967.) A partir de ese momento el enfrentamiento se expresó abiertamente en el partido como lucha de tendencias y fracciones. Las alternativas en juego en esta lucha interna reflejaban las nuevas condicionantes a que debía sujetarse el proyecto demócratacristiano en su aplicación. Por una parte, la tendencia llamada "oficialista", por proponer la subordinación del partido al gobierno e, incluso, al liderazgo personal de Frei, presentaba su posición como fundada en un cierto "purismo" ideológico, que se traducía en una proposición de aislamiento del partido a través de la negativa de concertar alianzas con otras fuerzas, y en particular con las de izquierda. Por otra, en el extremo opuesto se ubicaban los

través de un organismo denominado Promoción Popular. (Franz Vanderschueren, "Political significance of neighborhood committees in the settlements of Santiago", en Dale Johnson [editor], *The Chilean road to socialism*, Nueva York, Anchor Books, 1973, pp. 256-283.)

<sup>33</sup> La influencia de la izquierda fue la de más rápido crecimiento en el momento de la explosión de las organizaciones sindicales en el campo.

*Número de afiliados a las confederaciones campesinas*

|                                                                                                     | 1968   |       | 1969    |       |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------|--------|-------|---------|-------|
|                                                                                                     | N      | %     | N       | %     |
| Confederación (y afiliación política)                                                               |        |       |         |       |
| Confederación Nacional Sindical Campesina Libertad, CNC (derecha)                                   | 15 411 | 30.0  | 23 024  | 22.7  |
| Confederación Nacional de Trabajadores Agrícolas El Triunfo Campesino de Chile (demócratacristiana) | 26 827 | 50.0  | 57 610  | 46.9  |
| Confederación Nacional Campesina e Indígena Ranquil (izquierda)                                     | 10 961 | 20.0  | 30 912  | 30.4  |
| TOTAL                                                                                               | 53 199 | 100.0 | 101 546 | 100.0 |

FUENTE: David Lehman, "Agrarian reform in Chile 1965-1972", tesis, Universidad de Oxford, 1974, p. 147.

“rebeldes”, fundamentalmente jóvenes, pero con apoyo de algunos líderes mayores entre los que figuraban hasta fundadores del partido, quienes atribuían el desgaste de su apoyo electoral a la no aplicación del programa propuesto en la campaña de 1964 y, por lo tanto, reafirmaban la validez de la mayoría de las medidas propuestas en él, reformuladas en un nuevo programa titulado “La vía no-capitalista de desarrollo”, cuya aplicación proponían instrumentar por medio de una alianza con fuerzas de la izquierda.<sup>34</sup>

Es importante, en este punto, examinar las fuentes ideológicas y las implicaciones prácticas de cada una de estas posiciones. En el terreno ideológico, la cuestión aparecía como una diferencia de interpretación de la idea de “sociedad comunitaria” que se proponía como meta de la acción reformista de los demócratacristianos. Para los rebeldes ésta era, sin duda, una “forma de socialismo”, libre de los defectos que se señalaban en el modelo soviético, o cubano en el caso de América Latina. Sin embargo, para los oficialistas, el “comunitarismo” evocaba una tercera posición entre capitalismo y socialismo que, en algunas formulaciones, adquiriría rasgos corporativistas, pero que, en general, permanecía difusa tras los planteamientos más generales acerca de la necesidad del desarrollo económico y la armonía social. Para ellos, la acción transformadora podría desarrollarse a través de un conflicto social, pero a condición de que éste permaneciera limitado y bajo control. (Orrego, 1969: 84-85 y 132-133.)

En la situación prevaleciente en 1967 cada sector definía con distinto énfasis la meta fundamental a alcanzar por el gobierno y, consecuentemente, identificaba distintos obstáculos a salvar. Para el gobierno, Frei y su tendencia oficialista, la meta prioritaria era transformarse en la representación política de la burguesía, o al menos de los sectores fundamentales en ella para su proyecto de desarrollo económico. El obstáculo que veían para el logro de este objetivo era el rechazo de la burguesía a las reformas y, por lo tanto, estaban dispuestos a detener la aplicación del programa de gobierno de 1964 (como de hecho ocurrió).<sup>35</sup> El rechazo de la burguesía a las reformas lo explicaban por el fracaso, ya notorio, de la Democracia Cristiana para estructurar un movimiento de masas manipulable por el partido y por el gobierno, en términos de ese conflicto social “limitado”. En presencia de un movimiento de masas influido por la izquierda y su ideología marxista, las proposiciones de reformas podían desencadenar un conflicto incontrolable (éste fue el razonamiento que respaldó la no aplicación de la reforma de la empresa, propuesta contenida en el programa de 1964 que habría dado participación a los trabajadores en las decisiones y, eventualmente, en la

<sup>34</sup> En el número 303 de la revista del PDC *Política y Espíritu* (octubre de 1967), se encuentra publicado el informe “La vía no-capitalista de desarrollo”, las “Observaciones del senador Patricio Aylwin” a dicho informe y la “Réplica del presidente nacional del partido, senador Rafael A. Gumucio”.

<sup>35</sup> A partir de 1968, el gobierno no propuso ninguna otra reforma de las contempladas en el programa de gobierno de 1964.

propiedad de cada empresa). (Orrego, 1969.) El camino a seguir, entonces, era ganar la confianza de la burguesía suspendiendo la aplicación de medidas reformistas y, ante la imposibilidad de satisfacer las demandas de los sectores populares, limitando las posibilidades de acción de estos últimos (por ejemplo, limitando el derecho de huelga).<sup>36</sup>

Para los rebeldes, el fracaso en la constitución de un movimiento de masas alternativo a la izquierda no era una razón para detener la aplicación del programa de reformas. Antes al contrario, en su visión, el desgaste del apoyo al partido y al gobierno era una consecuencia de las vacilaciones y la lentitud para proponer las reformas al Parlamento, las que a su vez las atribuían a lo que consideraban el principal obstáculo para el logro de las metas de la Democracia Cristiana, la estructura de poder económico dominada por la burguesía. Consecuentemente, opinaban que esa estructura debería ser cambiada por medio de una mayor participación estatal en la economía, lo cual dejaría el camino abierto a las reformas que, a su vez, darían al gobierno mayor capacidad para satisfacer demandas de los sectores populares. Desde este punto de vista, el camino a seguir era establecer una alianza con los partidos de la izquierda para obtener la aprobación de las reformas en el Parlamento y aceptar el desafío de competir con esos aliados por la influencia y el control en el seno de los frentes de masas, confiando en que la decisión y capacidad del gobierno para solucionar los problemas tradicionales de los sectores populares les permitiría, en definitiva, ser los ganadores.<sup>37</sup>

En su enfrentamiento con el sector oficialista dentro del partido, los rebeldes contaron con el apoyo de un grupo que buscaba una posición intermedia (de ahí su denominación de "terceristas"), quienes, aceptando en parte los argumentos oficialistas, consideraban necesario postergar la aplicación de algunas reformas, pero no se negaban, en principio, a una alianza con la izquierda para impulsar los cambios que parecieran convenientes, dada la situación de fuerzas. Sin embargo, la imagen de tal alianza que predominaba entre ellos era la de un "frente popular", condicionada por tanto a la hegemonía demócratacristiana sobre el conjunto del bloque así formado.<sup>38</sup>

<sup>36</sup> Esta propuesta estaba contenida en el proyecto de reajuste de sueldos y salarios para 1968, junto con la idea de un fondo nacional de ahorro e inversión, que condujo a la peor confrontación entre el gobierno y el movimiento obrero, el paro nacional de noviembre de 1967.

<sup>37</sup> La "Vía no-capitalista..." contempla, entre las condiciones políticas externas para la aplicación del programa, la formación de una alianza social y electoral estable entre el pueblo y las clases medias progresistas, advirtiendo también en contra de alianzas (que no pueden ser propuestas dentro del pbc) entre fuerzas contradictorias con un propósito puramente negativo. ("Vía no-capitalista...", *op. cit.*, puntos 4-1-c y d.)

<sup>38</sup> La imagen de la alianza con la izquierda que predominaba entre los terceristas no tenía posibilidades de concretarse, dado el desarrollo de la izquierda. Para esta última, subordinarse a una fuerza de centro en un frente político habría signi-

El triunfo en el enfrentamiento interno fue para el gobierno y el oficialismo.<sup>39</sup> El partido quedó bajo su control a partir de enero de 1968, pero no incondicionalmente. Las medidas más impopulares, como las limitaciones propuestas al derecho de huelga y otras destinadas a debilitar al movimiento sindical en su influencia sobre los trabajadores, no fueron apoyadas por el partido.<sup>40</sup> Sin embargo, en la segunda mitad del período presidencial de Frei, entre 1968 y 1970, ninguna otra reforma fue propuesta al Parlamento. De hecho, la aplicación del programa se detuvo en la segunda mitad de 1967 y la política del gobierno respecto de los sectores populares fue descrita por sus propios miembros como de “mano dura”.

La evaluación del proyecto demócratacristiano al final del período de gobierno de Frei debe incluir tanto el juicio sobre la realización de la alianza social que se proponía y sus consecuencias políticas, como las razones que explicarían ese resultado. No cabe duda respecto de lo primero; el solo hecho de la existencia de tres candidatos para la elección presidencial de 1970 y el triunfo de Allende en ella demuestra el fracaso de los intentos de formación de la alianza propuesta y del remplazo, sobre esa base, del sistema multipartidista y su concentración en tres bloques por un nuevo sistema hegemonizado por el PDC. La explicación de este fracaso se encuentra, al menos en parte considerable, en las respuestas que provocó la acción de los demócratacristianos desde el gobierno, tanto en la izquierda como en la derecha. Las reacciones de la izquierda son importantes, también, para explicar el triunfo de la Unidad Popular, así como las de la derecha son fundamentales para la comprensión del golpe de Estado de 1973 y las características de la dictadura establecida a partir de él.

En la derecha, es claro que la Democracia Cristiana nunca fue vista como opción de representación política por sectores importantes de la burguesía que no fueran los directamente beneficiados por la gestión gubernamental de Frei, es decir, una parte importante de los empresarios de la construcción y algunos grupos muy definidos de los sectores financiero e industrial. En el conjunto de la clase dominante, la influencia demócratacristiana fue siempre minoritaria, y la imagen del partido nunca superó la condición de “mal menor” que le ganó en 1964 el apoyo incondicional de liberales y conservadores. Sin embargo, la misma relación, vista en sentido contrario, daba un resultado muy distinto. A cambio de la adhesión minoritaria en su seno a la Democracia Cristiana, la clase dominante fue ganando considerable influencia en el gobierno, primero, y, a través de éste,

ficado su quiebre y el reforzamiento de las tendencias “castristas” dentro y fuera de los partidos principales (Comunista y Socialista).

<sup>39</sup> En la Asamblea Nacional del PDC del 6 de enero de 1968, el oficialismo ganó la votación de una declaración política por 278 votos contra 202 y eligió una directiva nacional encabezada por Jaime Castillo Velasco.

<sup>40</sup> En la misma asamblea, las propuestas del gobierno para limitar el derecho de huelga fueron derrotadas por 237 votos contra 235. (Véase Arturo Olavarría Bravo, *op. cit.*, vol. IV, pp. 72-75.)



en el PDC mismo.<sup>41</sup> Lo importante de este resultado es el ámbito en el cual se dio la lucha por la representación política de la clase dominante.

Los rebeldes percibían correctamente que la representación corporativa de los empresarios tenía una importante cuota de poder en algunos organismos de decisión económica, como el Banco Central y la Corporación de Fomento, y, por lo tanto, proponían cambiar esta situación de fuerza. Sin embargo, la estrategia del gobierno y de los oficialistas era ganar influencia en esas mismas organizaciones corporativas<sup>42</sup> aprovechando la crisis que atravesaban los partidos de derecha, representación política tradicional de esos intereses. El efecto de esa crisis política en las organizaciones de empresarios fue muy distinto del esperado por los demócratacristianos. En lugar de volverse hacia ellos como alternativa de representación, las organizaciones corporativas asumieron cada vez más un papel político por sí mismas, revitalizando su coordinación nacional por medio de la Confederación de la Producción y del Comercio, por ejemplo, y usando esa plataforma orgánica para movilizar a la pequeña burguesía como apoyo de masas que remplazara a la influencia política perdida por liberales y conservadores a partir de la reforma agraria y la sindicalización campesina. Los demócratacristianos creían competir con el nuevo Partido Nacional por el control de esas organizaciones corporativas de la burguesía cuando, en realidad, esas mismas organizaciones se estaban desarrollando como mecanismos de representación política de los intereses de la clase dominante, alternativos a los partidos políticos y con un sentido opuesto a las reformas.<sup>43</sup>

El proceso descrito aparecía oscurecido durante el gobierno de Frei por varias otras líneas de desarrollo en la reconstitución de la representación política de la clase dominante, y sólo vino a quedar claro durante el gobierno de la Unidad Popular. Las otras líneas que corrían paralelas a la transformación de las organizaciones corporativas eran, por una parte, las relaciones con el gobierno y la Democracia Cristiana, que no se veían aún resueltas en el sentido que le atribuimos hoy, y, por otra, la reconstitución de la derecha política a través de la fundación del Partido Nacional, un proceso más complejo que la simple fusión de liberales y conservadores ya que los cuadros dirigentes más importantes expresan algunas tendencias

<sup>41</sup> Un ejemplo de este proceso es la trayectoria de Edmundo Pérez Zujovic, quien no era un cuadro prominente en el PDC, sino un conocido empresario de la construcción. Nombrado ministro de Obras Públicas por Frei en 1965, su influencia creció hasta el punto de que él remplazó a Bernardo Leighton como ministro del Interior.

<sup>42</sup> Uno de los pocos estudios de este tipo de organizaciones en Chile, realizado por un ideólogo demócratacristiano, demuestra que la estructura de éstas no es democrática. Insinúa que podrían, o deberían serlo. (Véase Genaro Arriagada, *La oligarquía patronal chilena*, Santiago, 1970, Editorial Nueva Universidad.)

<sup>43</sup> Este desarrollo mostró su potencialidad bajo el gobierno de la Unidad Popular. Sin embargo, ya se ha señalado la participación de la Confederación de la Producción y el Comercio en la campaña contra la reforma agraria. También hay que recordar el repudio de que fueron objeto algunos ministros demócratacristianos por parte de empresarios en actos públicos como exposiciones agrícolas o industriales.

nacionalistas más modernas (fascistas) que la ideología tradicional de esos partidos.<sup>44</sup> Además, incluso estas características del Partido Nacional, aparecían ocultas detrás de un “movimiento” alessandrista inorgánico, que se desarrollaba con vistas a la elección presidencial de 1970 en la que se decidiría la sucesión de Frei. Un último elemento de este proceso, el más embrionario pero el más peligroso, era la atracción de los militares hacia la intervención política, para lo cual se ponía en juego tanto la ideología nacionalista como el desarrollo de los intereses corporativos de las fuerzas armadas (salarios, equipo, entrenamiento, etc.), además de los contactos sociales cotidianos entre los generales y los miembros de las clases dominantes.<sup>45</sup>

En la izquierda, las reacciones a la derrota de 1964 abrieron un período de reformulación de las políticas tradicionales de los partidos Comunista y Socialista. El éxito electoral alcanzado por los demócratacristianos por medio de la movilización de los sectores marginales urbanos y rurales, hizo que ambos partidos abandonaran la ortodoxia organizativa que los llevaba a privilegiar al movimiento sindical como instancia de articulación de la participación social y política de los sectores populares. La política de los partidos de izquierda hacia el movimiento de masas comenzó a prestar mayor atención a los sectores recientemente movilizados y, así, ganaron una importante influencia entre ellos. Si se considera que la oposición logró impedir que el gobierno estructurara, a partir de estos sectores de masas, un movimiento que fuera dependiente del Estado, el único camino abierto para los demócratacristianos era la competencia con la izquierda en los frentes de masas, y esta competencia se daba en el terreno de las reivindicaciones concretas de estos sectores. La política de la izquierda consistió en empujar las demandas corporativas de los sectores populares más allá de la capacidad de satisfacción de éstas que pudiera tener el gobierno.<sup>46</sup>

Al margen de las diferencias de matices que se pudieran observar entre socialistas y comunistas, y de la presencia del “castrismo” por medio del MIR y algunas tendencias dentro del Partido Socialista, es importante observar que así como el desarrollo de los intereses corporativos llevaba a la clase dominante a expresarse cada vez más al margen del sistema de partidos, en la izquierda, el empujar demandas corporativas de los sectores populares, fortalecía la influencia de los partidos mejor integrados en el sistema, haciendo prevalecer su estrategia de alcanzar el poder por medios legales y

<sup>44</sup> Es interesante que Acción Nacional, movimiento fundado en 1963, y descrito como “de escasa relevancia y significación”, haya producido algunos de los líderes más importantes del Partido Nacional. (Véase Germán Urzúa Valenzuela, *op. cit.*, p. 8.)

<sup>45</sup> El primer síntoma de maduración de esta tendencia fue la asonada del 21 de octubre de 1969, dirigida por el general Víaux y conocida como el “Tacnazo”.

<sup>46</sup> De ahí que una de las limitaciones al movimiento obrero propuestas por el gobierno en 1967 fuera declarar ilegales las huelgas por ley. Por otra parte, la represión alcanzó los mayores niveles de violencia al enfrentar a los pobladores urbanos en las invasiones de terrenos.

fortaleciendo, de paso, al conjunto del sistema institucional al aumentar su legitimidad entre las clases populares.<sup>47</sup>

Las elecciones parlamentarias de 1969 confirmaron el creciente desgaste del apoyo electoral de la Democracia Cristiana y, además, cambiaron el objeto inmediato de las disputas internas en el partido. A partir de este momento, no se trataba más de qué hacer desde el gobierno sino de cómo enfrentar la campaña por la sucesión de éste, es decir la elección presidencial de 1970. Para esto parecía imprescindible pronunciarse, desde la partida, acerca de las posibilidades de alianza. Sin embargo, el problema no aparecía como simétrico desde la perspectiva de la lucha interna del partido. Por mucho que algunos sectores pudieran desearlo, la alianza con la derecha no podía ser propuesta como política oficial del partido, dadas las características sociales de la clientela entre la que buscaba su apoyo electoral. La alianza con la izquierda sólo era planteada bajo la condición de que el bloque así formado quedara bajo la hegemonía demócratacristiana. Esto, a su vez, era imposible debido a la correlación de fuerzas dentro de la izquierda, en la cual la influencia castrista, si bien no se había constituido en alternativa a los partidos tradicionales, sí había forzado a éstos, especialmente a los socialistas, a radicalizar sus posiciones con el fin de competir por la influencia entre los grupos más jóvenes de la sociedad.

Por estas razones, las posiciones que se enfrentaron dentro del pdc en abril de 1969 fueron la propuesta de alianza con la izquierda por parte de los rebeldes, y la de aislar al partido nominando un candidato propio por parte de los oficialistas. Si bien el candidato no fue nombrado en esa ocasión, el rechazo a la alianza con la izquierda fue claro, por lo que el sector rebelde abandonó el partido encabezado por los líderes de la Juventud Demócrata Cristiana, fundando el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), el cual buscó inmediatamente los contactos que lo condujeron a su incorporación al bloque formado por las organizaciones de izquierda un poco más tarde, la Unidad Popular.

La medida del avance del proceso de reconstrucción de la derecha política estaba dada por la campaña alessandrista para la elección presidencial, bajo cuyo nombre se había realizado también la campaña de los candidatos nacionales al Parlamento en 1969. Por esto no parecía posible que la derecha diera su apoyo en 1970 a un demócratacristiano, a pesar de la amenaza representada por la izquierda, la cual a su vez, no podía subordinarse a la Democracia Cristiana en una alianza de tipo frentepopulista, propuesta aparentemente contenida en el acuerdo del pdc en el sentido de nominar a un candidato propio que pudiera aceptar el apoyo de otras fuerzas. A pesar de esta situación, la clientela electoral del pdc exigía una estrategia dirigida a los sectores populares. Con este fin se nominó a un candidato aceptable para los terceristas, tendencia que había permanecido

<sup>47</sup> Esta situación está en la base de la lógica con que la izquierda llegó a la presidencia de la república y de la estrategia del gobierno de Salvador Allende.

en el partido al ser abandonado éste por los rebeldes, con el fin de constituirse en su "ala izquierda" y adoptar un programa bastante semejante a la "vía no capitalista de desarrollo", programa que fue presentado durante la campaña como una continuación de la administración de Frei. La contradicción flagrante entre un programa tal y la acción del gobierno le restaba credibilidad al candidato, Tomic, e incluso lo hacía parecer incoherente.<sup>48</sup>

La derrota a manos de la Unidad Popular en 1970 devolvió a los demócratacristianos al sistema de partidos, habiendo perdido por el momento sus esperanzas de convertirse en partido hegemónico. Sin embargo, su apoyo electoral y su representación parlamentaria los mantenía en el primer plano de la política nacional como eje de eventuales alianzas.

#### IV. EL PDC EN LA OPOSICIÓN A LA UNIDAD POPULAR

El triunfo electoral de Allende colocó al conjunto del sistema político en una situación crítica. La estrategia de destrucción de este sistema, presente en la derecha desde la crisis de conservadores y liberales, que había permanecido en estado larvario durante el gobierno de Frei y que había sido subordinada por la campaña alessandrista en 1970, cobró súbita vigencia y comenzó a ganar terreno hasta convertirse en la tendencia hegemónica en la oposición en 1973. El desempeño de la Democracia Cristiana como partido de oposición al gobierno de la Unidad Popular es el proceso de su creciente subordinación a esa estrategia golpista.

La división entre oficialistas y terceristas persistió a lo largo de la primera parte de este período. Inmediatamente después de la elección, durante las negociaciones de Allende con la Democracia Cristiana para obtener los votos de ésta en el Parlamento con el fin de lograr su ratificación como presidente electo, Andrés Zaldívar, último ministro de Hacienda del gobierno de Frei, contribuyó al clima caótico provocado por los resultados de la elección difundiendo un informe alarmante sobre la situación de la economía. Una vez ratificado Allende, y habiendo ya asumido el cargo de presidente de la República, la fracción freísta (ex oficialista) retomó el control del partido, eliminando a los terceristas que habían ocupado posiciones de dirección durante la campaña electoral.<sup>49</sup>

<sup>48</sup> Incluso el candidato, Tomic, apareció como un demagogo debido a esta situación. Por otra parte, parece no haber recibido en su campaña todo el apoyo que esperaba del gobierno y, por último, el apoyo de la CIA, se dice, fue para Alessandri en esta ocasión (*Covert action in Chile*, p. 20).

<sup>49</sup> Informe de Zaldívar sobre la situación económica creada por las elecciones, 23 de septiembre de 1970. La directiva del PDC fue renovada en la Junta Nacional del 13 de diciembre de 1970, quedando Narciso Irureta como nuevo presidente nacional del partido.

El marco de la confrontación política durante el gobierno de Allende estaba constituido por dos ejes de conflicto que determinaban dos estrategias opositoras alternativas. Por una parte, la oposición tenía que encarar la tarea de entorpecer en todo lo posible la aplicación del programa de gobierno de la Unidad Popular, para lo cual contaba con una favorable correlación de fuerzas en el Parlamento, que no sería renovado hasta marzo de 1973. Por otra, fue ganando terreno en la conciencia opositora el propósito estratégico de deshacerse del gobierno de la Unidad Popular sin permitirle completar su período de seis años en el poder. A este último fin se dirigieron, entonces, tanto la oposición institucional, especialmente la acción parlamentaria, como la acción extrainstitucional (de masas, terrorista y, finalmente, militar).<sup>50</sup>

Para la oposición democratacristiana las cuestiones a resolver se presentaron en el siguiente orden: 1) la posibilidad de colaboración con el gobierno a partir de las coincidencias programáticas, planteada fundamentalmente por los terceristas, fue descartada casi de inmediato, lo cual dio por resultado el que la mayoría de los miembros de esta tendencia abandonaran el pdc y fundaran la Izquierda Cristiana en 1971, la cual ingresó como partido a la Unidad Popular; 2) el objetivo estratégico de impedir la aplicación del programa de gobierno de la Unidad Popular aceptaba, al menos, dos variantes tácticas, dada la fuerza parlamentaria de la Democracia Cristiana: a) buscar una alianza con el gobierno que subordinara la aplicación del programa a la necesidad de apoyo parlamentario, lo cual colocaba al pdc como árbitro de la acción del gobierno, y b) formar una alianza con el Partido Nacional que obstaculizara directamente la acción del gobierno. Aun cuando la resolución de este dilema condujo rápidamente a ubicar a los democratacristianos en la alternativa de una alianza opositora con el Partido Nacional, la posibilidad de una alianza con el gobierno siguió presente en el pdc, pero como tendencia subalterna, en presencia del control de la organización por parte de Frei y su grupo, quienes optaron por aliarse con la derecha esperando convertirse en la fuerza hegemónica dentro de la oposición parlamentaria.<sup>51</sup>

Para explicar la subordinación de los democratacristianos a la estrategia que buscó la ruptura del sistema político (y la consiguió en septiembre de

<sup>50</sup> El estudio del surgimiento, desarrollo y conexiones entre todas estas líneas orgánicas e ideológicas de la oposición al gobierno de la Unidad Popular es importante no sólo para establecer las responsabilidades políticas y morales por la destrucción del sistema político chileno. Lo que se conoce muy poco son los recursos estratégicos y tácticos de las clases dominantes.

<sup>51</sup> Las aspiraciones de hegemonizar la oposición fueron expresadas desde muy temprano. Apenas asumió Irureta la presidencia del pdc declaró: "La dc expresa su más firme convicción de que en el cuadro político actual sólo existen dos fuerzas dinámicas, con apoyo sólido en la base social, con una organización firme y un pensamiento y un programa claro que ofrecer al país: Ellos son los partidos marxistas de la up y la dc." (*El Mercurio*, Santiago, 16 de diciembre de 1970.)

1973), es necesario recordar que las alternativas definidas esquemáticamente más arriba tienen como supuesto común la persistencia de ese sistema y, en particular, de su pieza clave, el sistema de partidos. Es verdad que, si ese supuesto se hubiera mantenido, la Democracia Cristiana habría hegemónizado la oposición y habría recogido el apoyo que las clases medias, e incluso sectores obreros, iban dando a esta última en la medida en que se desgastaba el apoyo a la Unidad Popular en el transcurso de su acción como gobierno. Entre los obreros fue fundamental el paso a la oposición de sectores muy importantes de los trabajadores del cobre. Esto explica por qué, luego de la salida de los terceristas del partido, en 1971, el PDC no se volvió a dividir. Quienes veían la posibilidad de una alianza con el gobierno como táctica no se oponían en el plano estratégico a la tendencia liderada por Frei. Era imposible para ellos imaginar la subordinación de su partido a una estrategia de ruptura del sistema político ya que la existencia de éste, con sus características particulares, aparecía como condición de la existencia del partido mismo y de los intereses políticos comunes de sus miembros.<sup>52</sup>

Esta situación conducía a que la Democracia Cristiana actuara como si el bloque constituido por ella con el Partido Nacional fuera lo más sustancial del movimiento opositor. Sin embargo, dadas las formas orgánicas que asumió el proceso de recomposición de la representación política de la burguesía durante el gobierno de Frei, que ya fueron mencionadas en un apartado anterior, el Partido Nacional no fue el principal canal de expresión de la oposición de la burguesía al gobierno de Allende.<sup>53</sup> Fue un canal importante en tanto mantuvo expresiones opositoras dentro de la institucionalidad y, al mismo tiempo, fue fundamental en el proceso de acumulación de fuerza que hizo posible la subordinación de la Democracia Cristiana al diseño estratégico extrainstitucional. Este último diseño, y su instrumentación, obedecían a un modelo organizativo distinto de un partido político.<sup>54</sup>

<sup>52</sup> La importancia de los intereses políticos comunes para explicar la existencia y las posiciones asumidas por el PDC muestran las dificultades que buscan la explicación reduciéndolas a algún grupo social o interés económico representado por él.

<sup>53</sup> Si la acción del Partido Nacional fue importante, su función principal parece haber sido el atraer a la Democracia Cristiana a una oposición unida, que más tarde sería subordinada a la estrategia extrainstitucional. Ya en junio de 1971, la Juventud Demócrata Cristiana expresaba preocupación porque el apoyo de la oposición a un candidato único, en una elección extraordinaria de un diputado por Valparaíso, pudiera conducir a un antagonismo con la unidad popular que no correspondía a la línea democratacristiana. (*El Mercurio*, Santiago, 22 de junio de 1971.)

<sup>54</sup> La conciencia que existía entre los democratacristianos acerca de la presencia de estos modelos, aun cuando suponían que los partidos políticos podían subordinarlos, se revela en los análisis de sus ideólogos referidos a los principales hechos políticos producidos por la oposición. Por ejemplo, véase el análisis que hace Claudio Orrego V. del paro patronal de octubre de 1972 (11 de octubre al 5 de noviembre- y como supone él que se evitó lo que llama la "tentación poujadista", por un lado, y la politización innecesaria, promovida por el Partido Nacional, por otro. (Claudio Orrego V.,

Desde el comienzo, inmediatamente después del triunfo electoral de Allende, la burguesía centró su atención en lo que denominaba "organizaciones sociales" (juntas de vecinos, colegios profesionales, etc.), por oposición a los partidos.<sup>55</sup> Desarrolló así un conjunto de mecanismos para la movilización de masas, fundamentalmente de la pequeña burguesía, la cual no quedaba encuadrada por la acción de los partidos.<sup>56</sup> Es en estas movilizaciones que los demócratacristianos fueron absorbidos en la acción y también ideológicamente, ya que la radicalización de los métodos de lucha aplicados y los objetivos expresados fue muy rápida. En este terreno fue donde se impuso como meta estratégica el derrocamiento del gobierno. Los demócratacristianos fueron aceptando tácitamente su creciente subordinación a esta estrategia y, ante el fracaso de su intento para alcanzar esta meta a través del Parlamento, se plegaron finalmente a la salida extrainsitucional, el golpe de Estado.<sup>57</sup>

A pesar de todo esto, es necesario dejar claro que el PDC no se diluyó en el movimiento opositor. Aun como tendencia subordinada dentro de él, los demócratacristianos expresaban un proyecto propio. Esto era posible debido a lo ambiguo del modelo ideológico que movilizaba la oposición. Lo central para ella, en su conjunto, era cuestionar la legitimidad del gobierno a través del cuestionamiento de la legalidad de sus acciones. Si reconocía la legalidad de algunas acciones del gobierno, lo hacía afirmando que ésta era sólo formal, que en cualquier caso se oponía al "espíritu" de esas normas puesto que la finalidad última del gobierno era alterarlas. El argumento

*El paro nacional. Vía chilena contra el totalitarismo*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1972, pp. 20-21.)

<sup>55</sup> Esta línea estratégica comenzó a ser expresada por los editoriales de *El Mercurio* desde muy temprano, antes de que Allende asumiera la presidencia. Los temas que tocan son, por ejemplo, la necesidad de la participación y movilización social fuera de la administración y los partidos (29 de octubre de 1970); la necesidad de reorientar las preocupaciones desde la esfera de la política partidista y parlamentaria hacia las tareas de liderazgo y solidaridad en las organizaciones de base (18 de noviembre de 1970); la legitimidad de una postura independiente en lo ideológico y lo político de los dirigentes del comercio y la producción, pero para que cumplan un papel en el desarrollo del país (18 de diciembre de 1970); la necesidad de una oposición unida por sobre las barreras partidistas (14 de enero de 1971).

<sup>56</sup> Un factor que, según Orrego, evitó el "poujadismo" fue: "La generalización del paro, mediante la adhesión sucesiva de más y más gremios, muchos de los cuales respondían a la movilización de base de los militantes de la Democracia Cristiana." (Orrego, *op. cit.*, p. 21.)

<sup>57</sup> El indicador más claro de que la subordinación de los demócratacristianos a la estrategia extrainsitucional estaba consumada lo constituyó la declaración de la Cámara de Diputados del 23 de agosto de 1973. Propuesta por el Partido Nacional, se aprobó con el apoyo del PDC y la Socialdemocracia, por 81 votos contra 47. En ella se declara inconstitucional e ilegal al gobierno y se llama a los ministros militares que en ese momento había en el gabinete a poner fin a esa situación. Lo más importante es que esa declaración no podía tener ningún efecto legal porque el hacerla no figuraba entre las atribuciones de los diputados. De hecho, era ya un primer quiebre de la institucionalidad que buscaba justificar el golpe de estado.

presentaba un doble filo al separar la forma del contenido del sistema institucional, puesto que si por una parte la oposición aparecía defendiéndolo de la acción transformadora del gobierno, por otra, al cuestionar la capacidad del sistema para expresar la correlación de fuerzas sociales (diciendo que el apoyo con que contaba el gobierno le permitía subsistir como tal, pero no le autorizaba a emprender ninguna transformación profunda), cuestionaba en los hechos la existencia misma del sistema.<sup>58</sup>

Aceptando esta argumentación, los demócratacristianos freístas impulsaban, desde la oposición a la Unidad Popular, un cambio del sistema institucional que eliminara el principal obstáculo que ellos habían enfrentado en la aplicación de su proyecto durante el gobierno de Frei: la independencia política de los sectores populares expresada por los partidos de la izquierda. Persiguiendo esta meta, los freístas participaron en el fallido intento de septiembre y octubre de 1970 para elegir en el Parlamento a Jorge Alessandri, en lugar de ratificar la elección de Allende, a cambio de un compromiso del candidato derechista de renunciar inmediatamente, con lo cual se abría la posibilidad de una segunda elección (que en la práctica equivaldría a la segunda vuelta en el sistema electoral francés), elección en la que el mismo Frei, con apoyo de la derecha, podría haber enfrentado a Allende.<sup>59</sup> Más tarde, durante el gobierno de la Unidad Popular, recurrieron a los pactos electorales con la derecha, mecanismo que había sido eliminado del sistema chileno anteriormente.<sup>60</sup> En general, lo que la acción demócratacristiana expresaba era la búsqueda de un arreglo institucional que garantizara la posibilidad de sumar las fuerzas de la derecha a las propias para enfrentar los avances de la izquierda, sobre el supuesto de que juntos formarían una mayoría que excluiría para siempre la posibilidad de que esta última tomara el poder por medios legales.

<sup>58</sup> El primero en exponer públicamente este argumento fue *El Mercurio* en su editorial del 23 de septiembre de 1970, describiendo la paradoja de que una democracia sólida permitiera, con menos de un tercio del electorado, dar pie al cambio revolucionario de las instituciones. El mismo argumento es retomado por Jaime Castillo Velasco en una entrevista concedida al mismo diario pocos días después. (*El Mercurio*, Santiago, 27 de septiembre de 1970.)

<sup>59</sup> La oferta de Alessandri se hizo pública el 9 de septiembre de 1970. El PDC prefirió condicionar su apoyo a Allende en el Parlamento a la aceptación de un estatuto de garantías democráticas. Sin embargo, según algunos, la maniobra fue diseñada por representantes directos de Alessandri (su cuñado, Arturo Matte Larraín) y de Frei (Edmundo Pérez Zujovic). Que el PDC no haya entrado en este juego se puede deber a muchos factores: uno era el control del partido por los terceristas durante la campaña presidencial de Tomic; otro era el tono de esa misma campaña, que colocó al partido en una posición poco propicia para un viraje tan brusco. Por último, en el país también pesaba la movilización de la izquierda y se temía a las consecuencias de escamotearle de ese modo el triunfo electoral. (Véase Eduardo Labarca G., *Chile al rojo*, Juan Pablos Editor, México, 1971, p. 386.)

<sup>60</sup> Para la elección parlamentaria de marzo de 1973 la oposición conformó un bloque unitario denominado Confederación Democrática (CODE).



El fracaso de la oposición unida, PDC, PN y otras fuerzas menores, en su intento de paralizar la acción del gobierno y, menos aún, de deshacerse de él, fue radicalizando estas mismas ideas. Era claro que no bastaba con remendar el sistema electoral sino que se hacía necesaria una transformación más profunda del sistema institucional. Se necesitaba una reforma que cambiara los términos de la representatividad social del sistema político. En este punto los argumentos de la Democracia Cristiana comenzaban a confluir con los de otros sectores de la oposición y, una vez establecida la concordancia en esto, la cuestión de los medios para lograr esta meta común podía aparecer como secundaria. Sin embargo, este equívoco aparente ocultaba la situación de subordinación en que se encontraba la Democracia Cristiana dentro de ese movimiento opositor más amplio. Es por esto por lo que el diseño estratégico dominante en la oposición condujo a los demócratacristianos a apoyar un golpe de estado que resultó diferente del que ellos esperaban.<sup>61</sup>

Desde la óptica demócratacristiana, el golpe de estado debería haber tenido un carácter "restaurador", es decir que el uso de la violencia se hubiera limitado a la obtención de la meta táctica de dar una salida al *impasse* político de 1973 y a la consolidación de esta solución por medio de la exclusión permanente de la izquierda, pero dejando el campo libre para la realización del proyecto estratégico de los demócratacristianos, una vez removido su principal obstáculo. Esto les parecía tan posible el 11 de septiembre de 1973 que los llevó a expresar oficialmente su apoyo al golpe de estado al día siguiente, con una ingenuidad rayana en la desvergüenza: "Los propósitos de reestablecimiento de la normalidad institucional y de paz y unidad entre los chilenos expresados por la Junta Militar de Gobierno interpretan el sentimiento general y merecen la patriótica colaboración de todos los sectores." (Declaración pública de la directiva nacional del PDC, 12 de septiembre de 1973.)

A pesar de todo esto, aún subsistía dentro de la Democracia Cristiana un pequeño grupo de dirigentes que mostraba mayor consistencia moral y mayor conciencia respecto de la relación de su partido con el sistema político que acababa de ser destruido. El 13 de septiembre de 1973, este grupo hacía pública su discrepancia con la directiva de su partido y condenaba el golpe de estado, el asesinato del presidente constitucional y afirmaba que: "nuestra suprema responsabilidad en esta hora, que asumimos por encima de toda otra consideración, reside en proseguir la lucha por los principios de la Democracia Cristiana y por la restauración de la democracia chilena, fuera de la cual aquéllos carecen de vigencia."<sup>62</sup>

<sup>61</sup> La confianza en el enraizamiento social de los partidos políticos en Chile hacía que la Democracia Cristiana considerara imposible un golpe de estado con las características del que ocurrió. Como ejemplo, véanse los análisis de Orrego ya citados (nota 54).

<sup>62</sup> Declaración pública del 13 de septiembre de 1973, firmada por: Bernardo

## V. LA DEMOCRACIA CRISTIANA Y LA DICTADURA DE PINOCHET

Al ubicarse entre quienes convocaron a la tercera jornada nacional de protesta en julio de 1983, la Democracia Cristiana, bajo la dirección de Gabriel Valdés, dio un salto que implica, en más de un sentido, el paso a una nueva etapa en su accionar. Por una parte, los democratacristianos aparecen por primera vez en una posición ofensiva con respecto al gobierno y, por otra, quizás lo más importante, intentan liderar la representación política de un bloque social abiertamente opositor a la dictadura. Es necesario destacar estos hechos a la luz de lo que han sido las posiciones de la Democracia Cristiana a lo largo de los once años de gobierno militar. Este análisis puede ser de utilidad en la búsqueda de las claves que permitan definir el proyecto democratacristiano en las circunstancias presentes y aproximarse a una evaluación de sus desarrollos posibles.

Con el fin de especificar el significado de las características que aparecen como definitorias de la etapa abierta en 1983, antes de revisar el período de diez años que se cierra, es necesario justificar la atribución de esos rasgos a la acción democratacristiana y precisar sus alcances. En los términos más simples e inmediatos, el carácter ofensivo está marcado por la ausencia de una acción por parte de la dictadura a la que responda directamente el llamado de la Democracia Cristiana. Hay que recordar que la protesta preexiste a la convocatoria del PDC,<sup>63</sup> pero que esta última, a su vez, confiere un carácter político definitivo a la primera, que se había mantenido relativamente circunscrita al terreno del movimiento social en las dos ocasiones anteriores (mayo y junio de 1983). La relatividad de esta limitación consiste en que si bien era indudable la presencia de fuerzas políticas en esas jornadas, los democratacristianos se ubican como el primer actor que hace posible cuestionar políticamente el régimen en términos tales que impone su reconocimiento por parte de éste y el establecimiento de negociaciones propiamente políticas.<sup>64</sup> Sin esta toma de iniciativa por parte de

Leighton, Ignacio Palma, Renán Fuentealba, Fernando Sanhueza, Sergio Saavedra, Claudio Huepe, Andrés Aylwin, Mariano Ruiz Esquide, Jorge Cash, Jorge Donoso, Belisario Velasco, Ignacio Balbontín y Florencio Ceballos. Con posterioridad, y a petición de los afectados, se agregaron las firmas de Radomiro Tomic, Waldemar Carrasco y Marino Penna.

<sup>63</sup> Las primeras "jornadas nacionales de protesta" fueron: 11 de mayo de 1983, convocada por la Confederación de Trabajadores del Cobre; 14 de junio de 1983, convocada por el recientemente constituido Comando Nacional de Trabajadores, en el cual participan las cinco principales agrupaciones sindicales (Confederación de Trabajadores del Cobre (crc), Unión Democrática de Trabajadores (udt), Coordinadora Nacional Sindical (cns), Confederación de Empleados Particulares de Chile (CEPCH), y el Frente Unitario de Trabajadores (fut). La tercera jornada de protesta, el 12 de julio de 1983, fue anunciada antes por fuentes democratacristianas, socialdemócratas y sindicales.

<sup>64</sup> El 25 de agosto de 1983 se realiza la primera entrevista entre Sergio Onofre

los demócratacristianos es muy difícil imaginar las proporciones que la protesta debería haber alcanzado antes de que la dictadura se hubiera visto forzada a reconocer como interlocutor político, por ejemplo, a las fuerzas de izquierda, presentes en la protesta desde el primer momento, aun cuando obviamente, no podían en esa etapa, asumir un papel dirigente. Por otra parte, los intentos de reconstrucción de la vieja derecha política eran demasiado embrionarios aún, y escasamente representativos del bloque social opositor como para intentar siquiera asumir ese papel. Por lo tanto, las condiciones imperantes (que habrá que especificar más adelante) hacían que el único actor político capaz de articular una representación política del bloque social que respaldaba las protestas y, simultáneamente, forzar una respuesta política de la dictadura, era la Democracia Cristiana. Sin embargo, asumir este papel le impone otras restricciones, a las que también habrá que referirse.

Decir que el propósito de los demócratacristianos es asumir el liderazgo de un bloque social abiertamente opositor a la dictadura, no implica atribuirles un cambio radical o repentino en sus posiciones. La situación se explica por la constitución de tal bloque a partir de la crisis del modelo de desarrollo económico impuesto por la dictadura. En cambio, la crítica demócratacristiana a ese modelo y a la acción política del gobierno militar es anterior, aun cuando con características mucho menos agudas que las que le atribuimos hoy. Para apreciar la importancia del cambio ocurrido en 1983 es necesario un breve recuento de los once años de dictadura, a través de las posiciones de la Democracia Cristiana respecto de ella y las relaciones establecidas entre ambas.

De acuerdo con nuestra definición, lo ocurrido en 1983 cierra el período de diez años que se inicia con el derrocamiento del gobierno de la Unidad Popular, el cual estaría caracterizado por una actitud defensiva por parte de la Democracia Cristiana con respecto a la dictadura. Esto quedaría especificado por el carácter reactivo, frente a iniciativas del gobierno, de los principales hechos políticos en que se ven envueltos los demócratacristianos en este período. Definido así el conjunto, es necesario establecer algunos subperíodos que registren los cambios en las características de las relaciones entre el pdc y la dictadura. Para establecer estos cortes se ha elegido la dimensión de participación demócratacristiana en el bloque social y político de apoyo al gobierno, distinguiendo estos dos últimos niveles (el social y el político). Esto implica a la vez, otra distinción entre el partido como organización, sus bases, entendiendo por tales sus cuadros y el sector sobre el que influyen a partir de una composición social semejante (que hemos definido como fundamentalmente de clase media), y, por último, su clientela, definida como sectores populares sobre los cuales influye eventualmente el partido y las posiciones que adopta.

Jarpa, ministro del Interior, y los dirigentes de la Alianza Democrática, quienes solicitan la renuncia de Pinochet, lo cual es rechazado por el ministro.

Con todos estos elementos se puede establecer, entonces, la periodización siguiente:

1) Subordinación de la Democracia Cristiana dentro del bloque social y político de apoyo a la dictadura, situación que proviene de su participación en la oposición a Allende y de su respaldo y justificación del golpe de estado. Subperíodo que comprende desde 1973 hasta el momento de la expulsión de la Democracia Cristiana del seno del bloque político de apoyo al gobierno, a través de la declaración de ilegalidad del partido a comienzos de 1977.<sup>65</sup>

2) Subordinación de las bases democratacristianas en el bloque social que apoya a la dictadura, en tanto el partido permanece fuera del bloque político correspondiente, defendiendo su identidad frente al intento del gobierno de identificarlo con la oposición "marxista" (el enemigo). Este subperíodo dura hasta el plebiscito de 1980, en el cual Pinochet aprueba su nueva Constitución, con lo que fuerza al partido a aparecer junto a las fuerzas políticas de izquierda dando, en la interpretación oficial de los resultados del plebiscito, por cancelada la influencia democratacristiana en el bloque social de apoyo al gobierno.<sup>66</sup>

3) Repliegue del partido, recomposición de su dirección (precipitada además por la muerte de Eduardo Frei) y acción en los niveles social y político, independiente de la dictadura, pero sin capacidad de iniciativa. En este subperíodo se crean las condiciones para el paso a la ofensiva observado en 1983 y que revierte la situación del conjunto del período iniciado en 1973. Estas condiciones son, fundamentalmente, la descomposición del bloque social de apoyo a la dictadura, provocada por la crisis del modelo de desarrollo económico impuesto por ésta, descomposición que da oportunidad no sólo para una reactivación de la Democracia Cristiana sino que produce también intentos embrionarios de reorganización de una representación política de derecha independiente del gobierno.<sup>67</sup>

Esta periodización está construida sobre la base de la acción de la dictadura con respecto a la Democracia Cristiana, lo cual obedece a la definición de la acción de esta última como subordinada, defensiva y reac-

<sup>65</sup> Decreto-Ley núm. 1697, del 12 de marzo de 1977, que disuelve todos los partidos políticos que mantenían existencia legal en las condiciones de "receso político".

<sup>66</sup> Comentando los resultados del plebiscito del 11 de septiembre de 1980 (67.60 por ciento por el sí contra 30.17 por ciento por el no), el ministro del Interior, Sergio Fernández, afirmaba: "...bien sabemos que la izquierda tiene en Chile una votación superior al 20 por ciento. Eso indica que la gran mayoría de los que acompañaron en otro tiempo a la Democracia Cristiana, ahora respaldan al actual gobierno". (*El Mercurio*, Santiago, 14 de septiembre de 1980, citado en *Chile-América*, núm. 64-65, Roma, junio-septiembre de 1980, p. 26.)

<sup>67</sup> En realidad sólo se produce como novedad durante este período el comienzo de reagrupamientos de sectores de derecha fuera del gobierno. Elementos aislados se habían ido desprendiendo de él, como el general Leigh, o expresando su oposición a algunos proyectos de la dictadura, como Hugo Zepeda que anunció públicamente que votaría por el no en el plebiscito de 1980.

tiva durante todo este período. Sin embargo, el análisis de cada uno de estos subperíodos debe centrarse ahora en la acción democratacristiana, con las características ya señaladas, tanto con respecto al gobierno como con respecto a otros actores políticos y sociales (fundamentalmente la izquierda y el movimiento sindical).

1] 1973-1977: *La participación subordinada de la Democracia Cristiana en el bloque de apoyo a la dictadura*

Al sumarse a los vencedores de septiembre de 1973, la acción democratacristiana se basaba en dos supuestos que probaron ser falsos: *a)* la neutralidad de las fuerzas armadas como actor político, y *b)* la posibilidad de una restauración del sistema político con exclusión de, por lo menos, una parte importante de las fuerzas que apoyaban al gobierno de la Unidad Popular. Ambos supuestos no son independientes. Por el contrario, el primero es condición del segundo. Es decir, la restauración del sistema político anterior (con cualquier número de modificaciones) suponía que la acción armada operaba “neutralmente” y no como parte de un proyecto de demolición del sistema político y su remplazo por otro de naturaleza distinta. Sin embargo, el ver esto último era imposible para los democratacristianos que basaban sus expectativas en la evaluación que los colocaba, sin duda, como la principal fuerza de oposición *dentro del sistema institucional*. Para ellos el problema estribaba en que el conjunto de esa oposición quedó subordinado dentro de una oposición extrainstitucional, de la cual formaban parte las fuerzas armadas dirigidas por Pinochet. Al renunciar a la defensa del sistema institucional, los democratacristianos renunciaron a su hegemonía dentro de la oposición. (Véase nota 57.)

Una vez establecido el gobierno militar, la suposición de “neutralidad” de las fuerzas armadas hace que los democratacristianos definan su estrategia en términos de lograr una alianza de las fuerzas armadas con ellos, en la cual las primeras garanticen la exclusión de la izquierda, posibilitando así la realización del proyecto fracasado durante el gobierno de Frei a partir de una reconstitución del sistema político “normalizado” por la derrota militar y política de la izquierda. Las condiciones para esto parecían inmejorables en los últimos meses de 1973: la izquierda fuera de la ley y la derecha autodisuelta dejaban a la Democracia Cristiana como el único partido político importante en condiciones de articular una restauración en la que subordinara ideológicamente a los sectores populares y asumiera la representación política de las clases dominantes. Sin embargo, esta aparente ventaja de los democratacristianos ocultaba su verdadera debilidad en esa situación: eran el único partido político porque el sistema de partidos, pieza clave del sistema político anterior, había desaparecido prácticamente. Si ellos se veían a sí mismos como una opción de articulación del

apoyo social al gobierno militar dentro de un proyecto restaurador, la dictadura los veía como el último obstáculo para emprender la refundación del sistema político chileno sobre bases autoritarias, en las que los partidos políticos jugarían un papel que hasta el día de hoy está por definirse y que sería de cualquier manera subordinado.<sup>68</sup>

La mayor participación democratacristiana en el gobierno, en las condiciones creadas por el golpe de estado, implicaba la disolución del partido mismo en un bloque político cuyo modelo organizativo no estaba claramente definido. Las distintas tendencias ideológicas que se puede distinguir entre los que apoyaban a la dictadura, actuaban dentro del gobierno por medio de cuadros individuales que pugnaban por ocupar posiciones en el aparato administrativo o como asesores de los ejecutivos militares. A la vez se vinculaban, o comenzaban a vincularse, con grupos de poder económico cuyo objetivo estratégico era determinar, o al menos influir, la política económica y el modelo de desarrollo que adoptaría la dictadura. La crudeza de estas conexiones implicaba que los vencedores sólo estaban preocupados por el reparto del botín y, por lo tanto, la preocupación por diseñar canales de participación política de sectores sociales subordinados tenía que postergarse en tanto la acción represiva bastara para mantenerlos excluidos de ella.<sup>69</sup>

La cuestión de la restauración política, la reapertura de un juego partidario, con limitaciones que les permitieran aprovechar su aparente ventaja, todo lo cual implicaba reapertura de la participación social y política de sectores medios y populares que se convirtieran en su clientela, apareció para los democratacristianos como una cuestión crucial, puesto que la prolongación de las condiciones impuestas por el golpe jugaban doblemente en contra de sus intereses políticos debido a que aparecían asociados con la dictadura militar. Por una parte, su participación en el gobierno era aceptada sólo a través de cuadros que, como individuos, ocuparan cargos administrativos, lo cual significaba, en teoría, que la dictadura no estaba dispuesta a tomar en cuenta los intereses políticos de ninguna organización, como tal, que hubiera pertenecido al sistema político destruido y, en la

<sup>68</sup> Sobre el carácter "fundacional" de la dictadura véase Manuel Antonio Garretón, *El proceso político chileno*, FLACSO, Santiago, 1983. Por otra parte, respecto de la participación política y su ordenamiento, siguen los "estudios". A comienzos de 1984 fueron presentados dos "anteproyectos" de ley: uno que regularía los partidos políticos, su reconocimiento y funciones, y otro que definiría la constitución y funciones del Tribunal Calificador de Elecciones. (*La Nación*, Santiago, 1 de febrero de 1984.)

<sup>69</sup> Es importante notar que, de entre los cuadros de la "nueva derecha" que alcanzaron notoriedad durante el gobierno de la Unidad Popular, los que aspiraban al papel de líderes, como Pablo Rodríguez, se han visto postergados durante la dictadura por los "ideólogos", como Jaime Guzmán. Quienes han buscado ser "concesionarios" de la organización política del apoyo a la dictadura, o a la persona del dictador, no han logrado que su proyecto despegue. Esta situación parece estar cambiando, pero las razones hay que buscarlas en el proceso político abierto en 1983 y no en los proyectos de la dictadura.

práctica, que el partido estaba siendo sometido a una erosión en la que la cooptación de sus cuadros por la dictadura buscaba debilitarlo y, eventualmente, disolverlo en el bloque de apoyo a ella. Por otra parte, las perspectivas de conservar su clientela popular y de ampliarla a través de su permanencia en un juego del cual se habría excluido a la izquierda o, al menos a su parte más radical, se debilitaban con la prolongación de las condiciones excepcionales (represión y exclusión social y política) que amenazaban con hacerse "normales" y a cuyos responsables aparecían asociados.

Esta situación incómoda presentaba pocas salidas posibles. Aceptar la estrategia de la dictadura y subordinarse aún más a ella significaba la desaparición del partido y sus intereses políticos, lo cual parece imposible, incluso si ésta hubiera sido la posición de la tendencia dominante dentro de él, ya que habría quedado todavía el sector minoritario que rechazó el golpe de estado. Por otra parte, denunciar los propósitos de la dictadura implicaba tomar conciencia del papel que objetivamente había jugado la Democracia Cristiana en la oposición al gobierno de la Unidad Popular y en su derrocamiento (reconociendo, de paso, que la única opción real para la preservación del sistema institucional habría sido una alianza del PDC con el gobierno de Allende). Esto, a su vez, habría implicado asumir la posición de la tendencia minoritaria dentro del partido y ubicarse, súbitamente, en la oposición a la dictadura en un momento en que las propias bases del partido no hubieran seguido esa dirección.

Como manera de evitar esta disyuntiva poco confortable, el PDC adoptó el supuesto explícito de la neutralidad de la actuación política de las fuerzas armadas. Según la visión que propusieron, la acción de la dictadura obedecía a la resolución de un conflicto ideológico entre los elementos civiles que la apoyaban y en el cual resultaban victoriosos los sectores más reaccionarios en lo político y voraces en lo económico. Ante esta situación, en la que se autodefinían como perdedores en el conflicto ideológico entre civiles, los demócratacristianos apelaban a la junta militar, y a su cabeza, Pinochet, intentando hacer ver que la política económica del gobierno, la represión y las consecuencias políticas de ambos tipos de acción hacían difícil una restauración del sistema político, lo cual parecía irracional desde el punto de vista de quienes, como el PDC, estaban interesados en capitalizar el apoyo popular disponible luego de la reciente derrota de la izquierda. La irracionalidad residía para ellos en que la prolongación de las condiciones creadas por el golpe de estado, en lugar de permitir esa capitalización de apoyo en una apertura política restauradora, fortalecerían las posiciones más extremistas de oposición, las cuales, por fuerza, deberían desarrollarse en condiciones de clandestinidad que contribuirían a reforzar su radicalismo.<sup>70</sup>

<sup>70</sup> "Estamos convencidos de que la inactividad absoluta de los sectores democráticos facilita la acción clandestina de los grupos marxistas. Sin orientación emanada de sus

Todo este supuesto malentendido permite a la Democracia Cristiana establecer su distancia política con respecto a la dictadura sin verse empujada a la oposición. Es una forma de definir su identidad en términos de proyecto político distinto al de la dictadura sin obligar a sus bases a optar por uno u otro. La crítica a la acción del gobierno establece desde este momento inicial tres líneas a lo largo de las cuales habrá de desarrollarse en lo sucesivo: la política económica, los derechos humanos y la reconstrucción del sistema político. Sin embargo, estas líneas de argumentación crítica tienen diferentes desarrollos entre sí, y también limitaciones comunes, que es preciso aclarar con el fin de justificar la periodización propuesta como modo de análisis de la evolución del proyecto democratacristiano bajo la dictadura.

En común estas tres líneas de desarrollo de la crítica democratacristiana a la acción de la dictadura, tienen el no cuestionar el origen de ésta. Es decir, la legitimidad del gobierno no es cuestionada por su relación con el sistema institucional destruido sino por las consecuencias posibles de la prolongación de la situación definida por su presencia. Este punto es central para la comprensión de las características del proyecto democratacristiano de reconstrucción.<sup>71</sup> Sin embargo, en este momento interesa destacar que esta limitación en la crítica propiamente política de la dictadura determina limitaciones en los otros dos aspectos de esa misma crítica (los derechos humanos y la política económica). Es necesario recalcar que lo que explica la cohesión y persistencia del PDC es la claridad con que sus cuadros dirigentes perciben su interés político común y cómo intentan estructurarlo **en un proyecto**. Es por esto por lo que su posición frente a la dictadura es subordinada; sus intereses políticos los llevaron a apoyar el derrocamiento del gobierno sin plantearse las consecuencias que esto tendría para el conjunto del sistema político del cual formaban parte. Ahora, después del golpe de estado, su propuesta de reconstrucción del sistema (corrigiendo

dirigentes, nuestras bases militantes y simpatizantes quedan a merced de los rumores, engaños y aun infiltraciones de que pueden ser objeto." Carta de Patricio Aylwin, presidente Nacional del PDC, y Osvaldo Olgún, primer vicepresidente, al general Augusto Pinochet, 18 de enero de 1974, difundida en el exterior en febrero de ese mismo año.

<sup>71</sup> La crítica democratacristiana a la dictadura no se ha acercado siquiera al límite de declarar la ilegitimidad de ésta por su origen. Lo más que han hecho es criticar sus consecuencias y prolongación. Incluso justificaron las características de la dictadura en el peor período de la represión: "Comprendemos la necesidad de una labor de saneamiento moral, económico y político frente a la crisis a que el país había llegado [...] Tal labor, aunque por su naturaleza no puede prolongarse indefinidamente, necesita tiempo. Sería un error constreñirla a un plazo muy breve. [...] Nuestra historia muestra otros períodos análogos al actual, como el de Portales o el primer mandato del presidente Ibáñez, que permitieron a Chile reencontrar el camino de la institucionalidad democrática y de su progreso." Carta de Aylwin y Olgún ya citada. Es de notarse que la dictadura de Ibáñez se les transformó en "primer mandato" y que las dictaduras "permitieron" lo que siguió, como si en el derrocamiento de Ibáñez en 1931 no estuviera uno de los antecedentes más remotos de la Democracia Cristiana.



los “defectos” que habían permitido el triunfo de la izquierda en 1970) era una alternativa a la dictadura instaurada. Su argumentación, entonces, se centra en afirmar que las condiciones excepcionales que justificaron el golpe (la presencia del gobierno de la Unidad Popular) ya no existen más y que, por lo tanto, la prolongación del gobierno militar y las condiciones que impone, tanto la represión como las medidas de política económica, dificultan una vuelta a la “normalidad” que aparece para ellos como necesaria.<sup>72</sup>

La crítica a la política económica tiene dos tipos de limitaciones: la primera, a la que ya se ha hecho referencia, proviene de los límites de la crítica política, que conducen a evaluar las consecuencias de la acción de la dictadura en el terreno económico para el proyecto de reconstrucción política. Esta visión obedece también a una segunda limitación, propia del primer período de la dictadura, que consiste en que la política económica aparece definida más como negación de lo realizado por el gobierno de la Unidad Popular que como un proyecto de desarrollo económico. De esta manera, lo que se critica es una acción que se define como la venganza de los sectores económicamente poderosos que buscan, con voracidad recuperar lo perdido durante el período anterior y que, al deteriorar las condiciones de vida de los sectores populares, dificulta un retorno rápido a la normalidad puesto que las demandas de estos últimos podrían conducirlos a apoyar tendencias de izquierda en lugar de permitir la captación de ese apoyo social, aparentemente disponible, por parte de una tendencia moderada como la Democracia Cristiana. (Carta de Aylwin y Olguín va citada.)

<sup>72</sup> La lucha ideológica en el seno del bloque político de apoyo a la dictadura asumió la forma de confrontación entre “imágenes” de la “normalidad democrática”. Los demócratacristianos defendían el período de gobierno de Frei como idea de esa normalidad, en tanto otros sectores, nunca identificados claramente, atacaban esa imagen desde diversos ángulos: uno era el de calificar a ese período como el que hizo posible el triunfo de Allende, en la línea de “Frei el Kerenski chileno”; otro era proponer como modelo el gobierno “portaliano”, autoritario, sin mencionar el gobierno de Frei en particular. La actitud de los militares en el gobierno fue ambivalente durante el período en consideración. La defensa más completa y apasionada del período 1964-1970 fue asumida por el propio Frei en su libro *El mandato de la historia y las exigencias del porvenir*, fechado en diciembre de 1975 y reproducido en *Chile-América*, núm. 14-15, Roma, enero-febrero de 1976. El primer ataque semioficial a los demócratacristianos apareció en *El Mercurio*, Santiago, 10 de marzo de 1974, sin firma, pero en la misma página en que se publicaba un informe de los cuatro miembros de la junta de gobierno, Pinochet, Mendoza, Merino y Leigh, acerca de los primeros seis meses de su gestión. En ese ataque anónimo se acusa al rdc de ser un partido extranjerizante, financiado por organizaciones privadas y religiosas germano-occidentales y norteamericanas. El 13 de marzo de 1974 el general Bonilla, ministro del Interior, dio explicaciones “privadas” a la directiva del rdc acerca de este documento. Según él, correspondía a un estudio presentado a la junta y que fue filtrado. No se suponía que estuviera destinado a publicarse. (*Chile-América*, núm. 5, Roma, 1975, pp. 51-52.)

Del mismo modo, las limitaciones que se observan en la crítica referida a la situación de los derechos humanos bajo la dictadura reconocen dos fuentes: una es la necesidad impuesta por la posición política de los demócratacristianos de no referirse al golpe de estado mismo sino a la prolongación de las medidas represivas en el tiempo.<sup>73</sup> La otra limitación proviene del temor a que esa represión se extendiera indiscriminadamente a los miembros del partido. Esto, además de las consecuencias obvias, habría tenido el efecto de empujarlos al campo de la oposición o, al menos, a una situación compartida con la izquierda. Este mismo tipo de razones puede explicar la moderación con que la dictadura reprimió a algunos cuadros demócratacristianos. Esto, sin embargo, producía una situación ambigua en la que los demócratacristianos aparecían defendiendo los derechos humanos, pero siempre a partir de casos que afectaban a sus miembros, los cuales no constituían las mayores transgresiones de la dictadura en este terreno, por lo que la protesta demócratacristiana podía aparecer hasta ridícula en algunas ocasiones.<sup>74</sup>

Las limitaciones con que la dictadura reprimió a la Democracia Cristiana son un correlato de la ambigüedad de las relaciones entre las dos. La represión afectó fundamentalmente a los firmantes de la declaración que condenaba al golpe y, más tarde, se dirigió a controlar los medios de difusión de propiedad o a disposición del partido.<sup>75</sup> En ningún momento

<sup>73</sup> Aún después de un año de perpetrado el golpe de estado, siendo ya explícitas las diferencias entre el PDC y la dictadura, los líderes máximos del partido, Frei y Aylwin, ponían particular empeño en justificar el golpe atacando a Allende y a la Unidad Popular. Aylwin lo hacía en su informe sobre la situación chilena ante la reunión de ODCA, la organización regional latinoamericana de la Democracia Cristiana, realizada en Curazao entre el 24 de agosto y el 10 de septiembre de 1974. Por su parte, Frei hace lo mismo en el prólogo que escribió para un libro de Genaro Arriagada, *De la vía chilena a la vía insurreccional* (Chile-América, núm. 6-7, Roma, 1975, pp. 56 y 59.)

<sup>74</sup> Carta de Claudio Orrego al general Pinochet, fechada el 31 de marzo de 1975. En ella se queja por la destrucción de un libro suyo, en proceso de impresión, efectuada por personal del gobierno el 27 de marzo de ese mismo año. Toda su parrafada acerca de la libertad de expresión no puede sino sonar ridícula en quien hasta entonces había guardado un silencio cómplice acerca de todos los atropellos a los derechos humanos perpetrados por la dictadura. El texto íntegro de la carta fue publicado en *Chile-América*, núm. 8-9, Roma, 1975, pp. 73-74).

<sup>75</sup> La acción represiva en contra de dirigentes demócratacristiano tuvo como puntos culminantes los siguientes: 17 de septiembre de 1974, primera detención de Claudio Huepe; 7 de octubre de 1974, se prohíbe el regreso al país de Bernardo Leighton; 15 de octubre de 1974, segunda detención de Claudio Huepe, que es finalmente expulsado del país el 12 de febrero de 1975; 26 de noviembre de 1974, detención y expulsión del país de Renán Fuentealba; 6 de agosto de 1976, detención y expulsión del país de Jaime Castillo Velasco; 17 de octubre de 1980, se prohíbe el regreso al país de Andrés Zaldívar. A esto hay que agregar el autoexilio de Radomiro Tomic, que parece razonable en vista de los ataques a su persona en la prensa partidaria de la dictadura. Es notable que hasta 1976 los afectados son todos firmantes de la declaración que rechazaba el golpe (véase nota 62). En cuanto a los medios de comunicación masiva

se ejerció en forma tal que se le pudiera imputar la finalidad de eliminar a la organización como tal o, siquiera, impedir el funcionamiento de sus órganos directivos máximos. La explicación de esto se encuentra no tanto en la subordinación política de la Democracia Cristiana como en la importancia que la participación de sus bases y su clientela tenía en el bloque social que apoyaba a la dictadura. Los objetivos del gobierno militar con respecto al pdc eran de eliminación de su estructura a través de la absorción de sus bases en el bloque social de apoyo al gobierno y de sus cuadros en el bloque político correspondiente. Sin embargo, la subordinación a que los democratacristianos se habían reducido en el bloque opositor al gobierno de la Unidad Popular no garantizaba la obtención de estos objetivos, puesto que la naturaleza misma del partido y su existencia dependían del sistema político anterior a 1973. Por lo tanto, la verdadera naturaleza del golpe no podía ser explicitada sin empujar a los democratacristianos al campo de la oposición. Objetivamente, el golpe buscó destruir el sistema político, pero para conformar el bloque social y político que lo apoyó se presentó como una reacción al gobierno de Allende y su programa. Ahora, después de instaurado el gobierno militar, la meta estratégica se desplaza desde el objetivo "restaurar la normalidad" (compartido por los democratacristianos) a "eliminar las condiciones que hicieron posible el gobierno de la Unidad Popular", el cual significa, para los democratacristianos, restauración del sistema a corto plazo con exclusión de la izquierda o parte de ella, mientras que para las fuerzas armadas y los sectores sociales que predominan en el gobierno significa destrucción del conjunto del sistema político existente hasta 1973 y, en particular, eliminación del sistema de partidos.<sup>76</sup>

Para hacer explícito su verdadero objetivo, el gobierno tenía que estar seguro de que la Democracia Cristiana no abandonaría el bloque social de apoyo, lo cual sólo era posible a partir de la neutralización de su acción en el nivel político. Para esto se buscó neutralizar los medios de difusión en manos de los democratacristianos al mismo tiempo que se los enfrentaba

controlados por los democratacristianos, o en los que éstos influían, los principales hechos son los siguientes: el 21 de febrero de 1974 dejó de publicarse el diario *La Prensa* debido a dificultades económicas; en noviembre de 1975 fue clausurada indefinidamente la revista teórica del pdc, *Política y Espíritu*; en marzo de 1976 fue clausurada por seis días (por cuarta ocasión) Radio Balmaceda; a fines de ese mismo mes fue requisada la edición núm. 2121 de la revista *Ercilla*, todavía bajo control de los democratacristianos en ese tiempo; también en 1976 fue relegado a Putre el director de Radio Balmaceda, Belisario Velasco. A todo esto hay que agregar la razia efectuada en el canal 13 de televisión, propiedad de la Universidad Católica, por el rector delegado, almirante en retiro Swett, entre el 18 y el 29 de marzo de 1974, en la cual fueron expulsados de su trabajo en ese canal numerosos democratacristianos. (*Chile-América*, varios números, Roma, 1975 y 1976.)

<sup>76</sup> La primera expresión programática que explicita la intención de refundar completamente el sistema político, incluyendo un calendario en el discurso pronunciado por Pinochet el 19 de julio de 1977 en el cerro Chacarilla.

en el terreno ideológico. Poco a poco los “enemigos” en la retórica oficial dejaron de ser los “marxistas” para ser los “políticos” en general; si la imagen de la “normalidad” perdida que pretendían difundir los demócrata-cristianos era la del período de gobierno de Frei (1964-1970), la del gobierno era la de una nueva institucionalidad creada a partir de la inspiración portaliana (década de 1830) y el período de Frei pasó a ser identificado con las causas del ascenso de los marxistas al poder en 1970.

El éxito del gobierno militar en este enfrentamiento ideológico es difícil de evaluar. Sin embargo, al parecer su propia evaluación fue satisfactoria puesto que en 1977 decidió eliminar del bloque político a los demócrata cristianos a través de un decreto que prohibía todos los partidos políticos “en receso” desde el golpe de estado, el cual, en los hechos, sólo afectaba al PDC. Las razones explícitas de esta medida apuntan hacia el objetivo de sumar al PDC al bloque “enemigo”, a los “políticos” con conexiones internacionales que actúan en contra de la nación representada por el gobierno militar.<sup>77</sup>

## 2] 1977-1980: la lucha por la independencia política y la recuperación de las bases

Para los demócratacristianos, el verse expulsados del bloque político de gobierno representaba un conjunto nuevo de problemas y una redefinición de la ambigüedad de su posición (que no su eliminación). La acción del gobierno planteaba preguntas tanto acerca de su propia significación como de las razones o cálculos que habían conducido a ella.

En cuanto a la significación del hecho político mismo, parecía plausible interpretar el poner fuera de la ley a la Democracia Cristiana como una reacción del gobierno frente a las críticas a su gestión provenientes de ese partido. Sin embargo, las limitaciones de esas críticas, a las que ya nos hemos referido, no parecían justificar la aparente dureza de la decisión. Por otra parte, la justificación que el gobierno ofrece en términos de la participación de los demócratacristianos en una conjura internacional contra Chile y su gobierno tiene efectos distintos en el país y en el exterior. En el ámbito nacional, se busca cohesionar al bloque social que apoya al gobierno como representante de la nacionalidad, por oposición a los “políticos” inescrupulosos que no vacilan en asociarse con fuerzas foráneas para

<sup>77</sup> En su discurso de celebración del tercer aniversario del golpe de estado, el 11 de septiembre de 1976, Pinochet anunciaba “que el gobierno ha resuelto reglamentar drásticamente el receso partidista”. Que en la “nueva institucionalidad” tendría que quedar “muy en claro que los partidos políticos tradicionales, hoy en receso, no tendrán ni podrían tener cabida, porque sus estructuras, dirigentes, hábitos y mentalidad se conformaron bajo la inspiración de un régimen institucional que ya murió definitivamente”. (*Chile-América*, núm. 22-23-24, Roma, agosto-septiembre-octubre de 1976, p. 69.)

conseguir sus objetivos egoístas. En el exterior el efecto es contrario, puesto que la Democracia Cristiana aparecía manchada por el apoyo y la justificación del golpe de estado, lo cual resultaba incómodo para sus asociados extranjeros (como la Democracia Cristiana europea). Ahora aparecían como víctimas de la dictadura, su proyecto como alternativo a esta última (y no ya como una variante) y, por lo tanto, merecedor de abierta solidaridad por parte de gobiernos y partidos afines ideológicamente.<sup>78</sup>

Para la dictadura, esta decisión significaba expulsar del bloque político a un sector crítico, pero buscando al mismo tiempo, conservar el bloque social de apoyo. En este sentido, la presencia de la Democracia Cristiana, aunque fuera como partido en "receso", era el último eslabón que unía a la dictadura con el sistema político destruido y que permitía interpretar los propósitos de reestablecimiento de la normalidad expresados al momento del golpe como una promesa de restauración de ese sistema. Si se imputa esta significación a la decisión tomada, ésta parece obedecer a la necesidad por parte de la dictadura de profundizar su acción en los terrenos de la política económica y del diseño de un nuevo sistema político. Por otra parte y en función de esas necesidades, se puede suponer que la decisión de eliminar formalmente al PDC resulta de algún tipo de evaluación que permite estimar que este hecho no afectará fundamentalmente al apoyo social con que cuenta el gobierno, es decir, que la separación entre la organización partidaria y sus bases es suficientemente profunda y que el intento de cooptación de los cuadros partidarios en forma individual no tiene mucho más futuro.<sup>79</sup> De esta manera, la dictadura militar instalada

<sup>78</sup> En los primeros tiempos de la dictadura, los democratacristianos chilenos trataron muy activamente de justificar el golpe de estado ante sus correligionarios de otros países. En esta línea se ubican la carta de Frei a Mariano Rumor, en noviembre de 1973, las giras internacionales de dirigentes democratacristianos como Enrique Krauss, Juan de Dios Carmona y Juan Hamilton, en octubre de 1973. Sin embargo, la Democracia Cristiana internacional es cada vez más crítica de la dictadura, llegando en 1975 a la denuncia específica de la represión política que afecta a cuadros intermedios de la Democracia Cristiana chilena. (*Chile-América*, núm. 8-9, Roma, 1975, p. 18.)

<sup>79</sup> Entre los cuadros democratacristianos cooptados por la dictadura, los más destacados son Juan de Dios Carmona, quien jugó un papel particularmente ambiguo durante el primer período, tratando de subordinar al partido a la política de la junta militar, antes de abandonarlo definitivamente, y William Thayer, que aceptó representar a la dictadura ante la UNESCO. Ambos son hoy dirigentes de un movimiento social-cristiano que se ubica en el bloque de apoyo a la dictadura. Sin embargo, hay muchos otros democratacristianos que apoyaron a la dictadura más allá de la posición de su partido, aun cuando no todos la apoyan hoy. Por ejemplo, entre los políticos chilenos que protestaron públicamente contra la condena a la dictadura por sus atropellos a los derechos humanos, votada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1974, figuraban los siguientes democratacristianos: ex ministros: Ramón Valdivieso, Carlos Figueroa, Modesto Collado, Eduardo León y Sergio Ossa Pretot; ex senadores: Juan de Dios Carmona (también ex ministro), José Musalem, Alejandro Noemí, Alfredo Lorca, José Foncea, Luis Papic y Jorge Lavanderos; ex diputados:

en septiembre de 1973 “bota lastre” y avanza en la estructuración del proyecto estratégico que inspiraba a los sectores hegemónicos dentro de la oposición a la Unidad Popular.<sup>80</sup>

La victoria golpista se profundiza sumando al campo de los derrotados a la Democracia Cristiana, a la cual no es necesario destruir, puesto que se ve impedida de actuar sobre su clientela debido a que el mecanismo que hacía posible esa relación (las elecciones) ha desaparecido junto con el sistema político destruido. Tampoco puede actuar eficientemente sobre sus bases puesto que esa acción, que ya era ilegítima en las condiciones del receso político, es ahora ilegal. Además, esas bases están influidas por su permanencia en el bloque social de apoyo al gobierno y aisladas de la organización partidaria por la falta de funcionamiento de esa estructura y por el control de sus medios de difusión por parte de la dictadura. Es otro tipo de victoria el de la dictadura sobre la Democracia Cristiana; al gobierno de la Unidad Popular y a los partidos que lo apoyaban tuvo que destruirlos físicamente, en tanto que a la Democracia Cristiana bastaba con amenazarla con correr la misma suerte.

Ubicada por iniciativa de la dictadura en el campo de la oposición política, la Democracia Cristiana se veía obligada a redefinir sus posiciones. Una alternativa obvia era sumarse a la izquierda y constituir un bloque político restaurador (o un frente antifascista, como proponían los comunistas). Sin embargo, esto no pareció conveniente a la dirección del partido, y las razones objetivas de esta evaluación son importantes para entender que el rechazo a una alianza con la izquierda no es producto de la mala voluntad o el sectarismo democratacristiano sino de la naturaleza social del partido y su ideología.

Si el partido se encontraba aislado de su base social, que permanecía subordinada en el bloque social de apoyo a la dictadura, al asociarse con la izquierda sólo podía profundizar esa brecha. Esto se debe a que aun cuando la izquierda no pusiera como condición para establecer esa alianza el que los democratacristianos renegaran de su pasado opositor a Allende y de su apoyo al golpe, en los hechos la constitución de esa alianza habría implicado lo mismo en el terreno ideológico. Por este camino la Democracia

Víctor González, Juana Dip, Carlos Garcés, Gustavo Ramírez, Enrique Krauss (también ex ministro) y Javier Lira Merino. (*Chile-América*, núm. 6-7, Roma, 1975, p. 62.) A estos políticos hay que agregar algunos de los más destacados tecnócratas, ligados al PDC o a Frei, que han colaborado con la dictadura, tales como Raúl Sáez, Jorge Cauas y Carlos Massad.

<sup>80</sup> En el ya citado discurso de Chacarillas (nota 76), Pinochet anunció un calendario de aplicación de su proyecto de institucionalización, que ha sufrido alteraciones pero que, en general, consiste en permanecer en el poder hasta fines de la presente década. Una precisión de estas ideas, también alterada con posterioridad, está contenida en las directrices fundamentales enviadas a la comisión que estudió el proyecto de constitución (Comisión Ortúzar). (*Ercilla*, núm. 2207, Santiago, 16 de noviembre de 1977.)

Cristiana habría pasado a ser una fuerza importante, pero no hegemónica dentro de un bloque opositor constituido sobre la base de esa alianza. Por otra parte, el ubicarse en la misma situación que la izquierda podía convertirlos en blanco de una represión semejante a la sufrida por ésta y, por último, daría credibilidad a la visión difundida por la dictadura, de una oposición única constituida por los "políticos" que buscaban retornar a un pasado que haría posible la repetición de la experiencia del gobierno de la Unidad Popular.

Para el PDC, la tarea prioritaria era recuperar la influencia sobre esa base social que quedaba apoyando a la dictadura. Para ello era fundamental definir una identidad política propia, que no pudiera ser confundida con la izquierda y que no permitiera la extorsión ideológica de la dictadura, que presentaba al socialismo como la única alternativa a su proyecto.<sup>81</sup>

Este periodo enmarca los mayores avances de la dictadura en la consolidación de sus proyectos, tanto en el terreno económico como en el político, lo que produjo, como contrapartida, el punto más bajo en las relaciones entre los partidos políticos, en general, y sus antiguas bases. Este proceso afectó más, obviamente, a las organizaciones de la oposición, que ahora incluían a la Democracia Cristiana. Sin embargo, es necesario señalar las formas particulares en que este proceso afectaba a la izquierda, por una parte, y a los democratacristianos por otra. Lo que para los democratacristianos era una separación de sus bases y de su clientela, para la izquierda era una desarticulación mucho más profunda. La composición homogénea de los cuadros y las bases de la Democracia Cristiana y su unidad constituida alrededor de intereses políticos, preservaban su organización aun cuando estuviera aislada de los sectores a los que representaba o buscaba representar. Por lo demás, las mismas características señaladas hacían que su futuro y su estrategia estuvieran definidos y, con la excepción de la eventualidad de la disolución del partido, su importancia asegurada. Tanto la izquierda como la Democracia Cristiana enfrentaban el problema de mantener vivos a los partidos políticos en ausencia de un sistema político que los articulara entre sí y con las fuerzas sociales que representaban. Para la

<sup>81</sup> Reseñando la posición del PDC a comienzos de 1978, *Chile-América* señalaba lo siguiente: "A juicio del PDC, la opinión pro-Pinochet se da en una zona heterogénea, fundada en el temor, la inercia mental, la ignorancia, los prejuicios, los intereses sociales y también en una fuerte decepción respecto de todos los partidos políticos, de los gobiernos democráticos y de las líneas extremistas de acción política. [...] Esto, siempre en el criterio del PDC, afecta a un número grande de chilenos y la tarea, por lo tanto, es atraerlos de nuevo a los métodos democráticos. La Unidad Popular juega su papel con aquellos que tienen razones para estar muy claramente en contra del gobierno. El Partido Demócrata Cristiano juega el suyo primero con personas que están abiertamente en contra, pero también con otros que no lo están. Esto último no puede hacerlo la Unidad Popular y es imposible hacerlo si el PDC apareciera compartiendo la línea de la UP [...] La Democracia Cristiana y sus puntos de vista acerca de un acuerdo político con la Unidad Popular." (*Chile-América*, núm. 39-40, Roma, enero-febrero de 1978, p. 80.)

izquierda, dadas las condiciones de clandestinidad impuestas por la situación, aparecía como una alternativa “natural” el modelo de organización, la estrategia y la táctica insurreccionales. Para la Democracia Cristiana no existía esta alternativa y, por lo tanto, se podía sólo concentrar en la crítica intelectual de los proyectos que desarrollaba la dictadura y en la elaboración de alternativas teóricas a éstos.

Sin embargo, la opción insurreccional nunca ha prevalecido entre las organizaciones más importantes de la izquierda. Por otra parte, un efecto importante de la desarticulación entre los partidos políticos y sus bases durante este período es la autonomía adquirida por los cuadros intelectuales con respecto a sus organizaciones. Este proceso, que deberá ser estudiado en profundidad algún día, produjo un ámbito ideológico donde los cuadros provenientes de la antigua élite política, y de la base social donde se reclutaba ésta, encontraron formas de actividad semejantes a la de los demócratacristianos. En este terreno es importante recordar la discusión de los proyectos de constitución propuestos por la dictadura emprendida por los juristas de la oposición. Lo más importante de este desarrollo es que daba a los demócratacristianos un campo en el que conservaban la potencialidad de convertirse en el eje de una rearticulación del sistema de partidos, en la eventualidad de una reactivación política, en tanto que los intelectuales de la izquierda, al rechazar la alternativa de construir organizaciones revolucionarias a partir de lo que quedaba de sus partidos, se ubicaban en un terreno en el que sólo podían quedar subordinados a la iniciativa ideológica de los demócratacristianos.<sup>82</sup>

Este retroceso general de los partidos como organización se reflejaba también en otros sectores, no sólo entre los intelectuales. Entre los trabajadores tenía como marco el campo sindical, donde se intentaba infructuosamente construir instancias unitarias de organización y donde los partidos seguían actuando, pero a través de cuadros que, al igual que los intelectuales, adquirirían cada vez mayor autonomía respecto de sus partidos y de las ideologías de éstos.<sup>83</sup>

El punto culminante de este período es, sin duda, el plebiscito de 1980, en el cual Pinochet hace aprobar una constitución y el reglamento de su entrada paulatina en vigencia. Busca así legitimar su permanencia en el poder hasta fines de la presente década y por el contenido de la constitución aprobada, dejar consolidadas las bases de la reformulación de todos los mecanismos de representación social y política. El momento elegido para esta confrontación tiene también el sentido de culminación de una etapa de avance en el proyecto de la dictadura, que hace al gobierno sentirse

<sup>82</sup> El Grupo de Estudios Constitucionales, conocido como “Grupo de los 24”, constituyó el primer caso importante de colaboración abierta de demócratacristianos con algunos izquierdistas y, al mismo tiempo, personeros de la vieja derecha. (*Chile-América*, núm. 64-65, Roma, junio-septiembre de 1980, p. 27.)

<sup>83</sup> El movimiento sindical bajo las condiciones de la dictadura ha sido objeto de un estudio muy acucioso por parte de Guillermo Campero.



seguro de poder dar por cancelada la experiencia histórica del sistema político anterior, empujando a todo lo que queda de él, incluyendo muy especialmente a la Democracia Cristiana, a presentarse unido como oposición al proyecto de constitución. En la interpretación oficial del triunfo del gobierno en este plebiscito se expresa la intención y la significación que se le atribuye a estos hechos: dar por eliminada la representatividad de la Democracia Cristiana en el bloque social que apoya a la dictadura. (Véase nota 66.)

### 3] 1980-1983: la lucha ideológica en la oposición

El mismo resultado del plebiscito contribuyó a ahondar las características del proceso de desarticulación que sufrían los partidos políticos en general, y la Democracia Cristiana en particular, desde el período anterior. Lo que para la izquierda había parecido un debilitamiento coyuntural es proyectado ahora como permanente. La formulación teórica e ideológica de la situación asume la forma de propuestas de análisis sociológico en las que se busca la constitución de actores históricos desde movimientos sociales que sean refractarios a una interpretación en términos clasistas definidos a partir de una estructura. Desde esos movimientos sociales, se propone la búsqueda de alternativas políticas de democratización las cuales requerirían para su desarrollo que los partidos políticos no pudieran o no intentaran integrarlos en proyectos definidos desde la perspectiva de otro tipo de análisis.<sup>84</sup>

Aun cuando este tipo de argumentos aparece como más importante en la izquierda, la Democracia Cristiana juega un papel fundamental en la producción de ellos. En el conjunto de las condiciones que provocan este resultado hay que reconocer que la intensificación de la actividad ideológica se debe al repliegue general de los partidos y, en especial, a su desarticulación con respecto a sus bases y clientelas. En el campo de la ideología, terreno propio de la actividad de los cuadros intelectuales, el partido que conserva la mayor integridad es la Democracia Cristiana, lo cual se debe a su misma composición social. Además, la tesis de la incapacidad de los partidos para expresar las fuerzas sociales tiene en Chile un origen ligado al PDC. Por ser éste el período de mayor difusión de la discusión de este tema entre los intelectuales chilenos, parece conveniente recordar aquí sus orígenes y trayectoria.

Las limitaciones del sistema político chileno para expresar los intereses del conjunto de las fuerzas sociales, fueron percibidas primero por la izquierda, bajo la forma de trabas a la participación política independiente

<sup>84</sup> Una descripción de estas posiciones y de su relación con lo que queda de los partidos se encuentra en el capítulo x, "La oposición al régimen militar", del libro de Manuel Antonio Garretón ya citado (nota 68).

de los campesinos. Sin embargo, esos partidos no pudieron romper ese dique que garantizaba la sobrerrepresentación de los partidos de la derecha. La represión aparecía inmediatamente, desde los tiempos del Frente Popular, ante cualquier intento de penetración de la izquierda en el campo, o de organización sindical independiente de los campesinos.<sup>85</sup>

Para la Democracia Cristiana, las limitaciones señaladas parecían superables a través del perfeccionamiento del sistema electoral.<sup>86</sup> La primera tesis que afirma la "incapacidad" del sistema de partidos, de los modelos orgánicos e ideológicos vigentes, para representar a sectores importantes de la sociedad, es la teoría de la marginalidad, tal como la formuló Veke-mans. Su propuesta es cambiar la relación entre partido y base social, convirtiendo a la Democracia Cristiana en la expresión de una alianza de sectores sociales, organizados en movimientos o frentes que mantuvieran una relación de clientela con el partido y con un eventual gobierno de este mismo (la Promoción Popular).

El fracaso de este proyecto durante el gobierno de Frei pareció reforzar el sistema de partidos. Sin embargo, la crisis política de la derecha, al perder el control del voto campesino, hizo aparecer la crítica del sistema de partidos en ese sector político. Tras reorganizarse en el Partido Nacional, el más amplio movimiento alessandrista, reactivar las organizaciones corporativas de la burguesía y la pequeña burguesía y, finalmente, fracasar en la elección presidencial de 1970, la derecha se plantea desarrollar la oposición al gobierno de la Unidad Popular por medio de las "organizaciones sociales" (juntas de vecinos, gremios, etcétera. (Véase nota 55.)

Finalmente, tras la derrota en 1973, la izquierda, o más bien sus intelectuales, asumen también la crítica de los partidos cuestionando su capacidad para permitir el desarrollo y articular los movimientos sociales.

Para cada uno de estos sectores, la rearticulación de lo político y lo social, luego de la liquidación de los partidos, asumiría formas distintas. Para la Democracia Cristiana se trataba de una redefinición del papel de los partidos en la cual ellos remplazarían al conjunto del sistema de partidos como ámbito de concreción de alianzas sociales, pasando así de un sistema multipartidista a un régimen de partido único o de hegemonía aplastante de un partido. Para la derecha, en su intento bajo Pinochet de aplicar su proyecto, la alternativa es la despolitización, la supresión de los partidos

<sup>85</sup> "Los comunistas, como todos los partidos chilenos, mantenían, esencialmente, una organización urbana. Las actividades rurales representaban un alto riesgo, eran ataques muy expuestos, al bastión de la oligarquía chilena." (Brian Loveman, *Struggle in the countryside. Politics and rural labor in Chile, 1919-1973*, Indiana University Press, Bloomington y Londres, 1976, p. 206.)

<sup>86</sup> Al final del período presidencial de González Videla, durante la participación de la Falange Nacional en el llamado "gabinete de sensibilidad social", entre 1950 y 1952, dos miembros del partido, Jorge Rogers y Gastón Saint Jean, diseñaron un proyecto de reforma electoral que fue enviado al Congreso con apoyo del gobierno, aun cuando más tarde no fue aprobado. (George Grayson, *op. cit.*, p. 275.)

y el sistema que conformaban, al menos por un largo período, y su eventual reconstrucción sólo en condiciones de subordinación no muy claramente definidas (sí corporativos o ideológicos) pero, en todo caso, limitando el espectro ideológico que podrían cubrir a los requerimientos de exclusión de la izquierda. (Véanse los “anteproyectos” de ley mencionados en nota 68 y el discurso de Pinochet citado en nota 77.)

Por su parte, la alternativa a la que apuntan los intelectuales de izquierda no encuentra formulaciones que vayan más allá de los comentarios apologeticos acerca de la socialdemocracia, en sus múltiples variantes, como para poder ser reseñada.

Si la crítica a los partidos y al funcionamiento del sistema de partidos tal como existía en Chile hasta 1973, encontró formulaciones en todos los sectores políticos, los portadores de estas posiciones en cada sector también muestran características comunes. En los tres sectores, derecha, Democracia Cristiana e izquierda, los cuadros que asumen estas posiciones son intelectuales que buscan su inserción en la élite política profesional a partir de la década de los sesenta.<sup>87</sup> En la derecha son nacionalistas, gremialistas y otras variedades de fascistas. En la Democracia Cristiana se trata de la juventud, principalmente, y, durante el gobierno de Frei, las tendencias rebelde y tercerista. En la izquierda de hoy son los mismos cuadros democratacristianos rebeldes y terceristas, desprendidos del PDC en 1969 y 1971 para formar el MAPU y la Izquierda Cristiana, más los cuadros socialistas que se les asemejan por composición social, generacional y trayectoria profesional.

Otras formas de crítica al sistema de partidos, que no se extiende al partido como modelo orgánico, están representadas por cuadros políticos de la misma generación de los sesenta, pero que se adhirieron a alguna forma del “castrismo” y que hoy proponen alguna variante de la visión “leninista” del partido. Estas tendencias residen fundamentalmente en el MIR, algunas fracciones de los socialistas, además de su influencia tradicional, no asociada al castrismo, en el Partido Comunista.<sup>88</sup>

<sup>87</sup> Si bien el análisis no es el mismo, la distribución entre las organizaciones de la izquierda de lo que Garretón describe como matrices de acción política “clásica” y “emergente” coincide con la caracterización de los cuadros que se hace aquí, al menos para este sector. (Manuel Antonio Garretón, *op. cit.*, p. 188.)

<sup>88</sup> Las comillas de “leninismo” se refieren al lugar que el modelo de partido revolucionario juega en la discusión ideológica actual sobre Chile. Hay que recordar que en ella aparecen mezcladas las cuestiones relacionadas con la estrategia y la táctica de la izquierda y las críticas al socialismo real, a partir del supuesto que este último es la consecuencia inevitable de la adopción del leninismo en las primeras. En esta discusión, frente a la ofensiva ideológica socialdemócrata se encuentra una izquierda replegada en una suerte de “ortodoxia” leninista, asumida o imputada. Ambas posiciones son expresiones de la derrota y el “desarme ideológico” actual de la izquierda chilena. Lo importante en este caso del modelo leninista es que permite fundamentar la existencia del “partido”, como modelo organizativo, haciendo abstracción de la situación concreta, en el sentido de su inserción o no en un sistema de partidos. La

Toda esta digresión tiene por finalidad aportar algunos elementos que faciliten imputar un sentido a la actividad ideológica que se desarrolla en este período, el de mayor reflujo de los partidos políticos, y destacar la importancia que sus resultados tienen para la Democracia Cristiana, aun cuando ésta no sea evidente a primera vista. Para hacer claro esto hay que recordar que la Democracia Cristiana es un partido de "representantes profesionales", ligados entre sí por su interés político común, que busca representar a sectores sociales a los que no aspira a integrar al partido mismo más que en una medida limitada. En este sentido es diferente a los partidos de la izquierda, en los cuales los sectores populares no sólo se integran a la organización misma del partido sino que pueden marcar límites a las posiciones que, en teoría, pueden asumir los cuadros dirigentes que tienen una composición social semejante a la de los demócratacristianos. Esto es particularmente importante en el caso del Partido Socialista.<sup>89</sup> Al haber estado integrados juntos en una misma élite de políticos profesionales, y al expresar los demócratacristianos el tipo más "puro" de componente de esa élite, los intereses políticos de estos conjuntos de cuadros intelectuales tienen puntos de contacto. El problema es cómo se perciben y cómo se canalizan.

Para los demócratacristianos el modelo partidario es el único posible. Su proyecto sigue siendo una redefinición de las relaciones entre los demás partidos, sus bases y clientelas, que permita reestructurar el sistema de partidos, o eliminarlo, a partir de la preeminencia del propio pdc. Para los intelectuales de la izquierda, las posibilidades percibidas eran dos: por una parte, la reestructuración del sistema de partidos que hiciera posible su reinserción en la política como organizaciones y como cuadros individuales y, por otro, la redefinición de sus organizaciones alrededor de una estrategia revolucionaria, la cual sólo podría estar estructurada por una política militar que apuntara al derrocamiento de la dictadura.<sup>90</sup>

posición de quienes imputan alguna forma de "leninismo" a la izquierda chilena está claramente expuesta en las declaraciones de Ricardo Lagos a *Excelsior*, México, 6 de enero de 1984, pp. 1, 16 y 18.)

<sup>89</sup> El grado de autonomía de la dirigencia de cada partido respecto de sus bases y clientelas era, sin duda, variable de un caso a otro. Las determinaciones que actuaban en cada uno de ellos eran también distintas, de lo cual da un indicio la variabilidad diferente de la votación por cada partido. Sin embargo, en la izquierda, y más en particular entre los socialistas, todo conduce a aceptar como plausible la hipótesis de que, en la situación de 1970, la subordinación a la Democracia Cristiana, por ejemplo en una alianza de tipo frentepopulista que apoyara a Tomic, habría resultado en un fortalecimiento del pdc, por un lado, y de la izquierda "castrista" por otro. A esto parecen obedecer las características de los acuerdos con que se funda la Unidad Popular, en especial el "Programa básico de gobierno" y el "Acuerdo sobre estilo y conducción de la campaña".

<sup>90</sup> Cuando se habla de "ausencia de una política militar que apunte al derrocamiento de la dictadura", hay que entender que la afirmación es relativa. De hecho hay dos políticas militares en marcha, pero ambas se desprenden de consideraciones abstractas y son expresión de deseos más que producto del análisis. Es claro que en la Democracia Cristiana existe la disposición para un acuerdo "cupular" con las fuer-

Es claro que en la izquierda la segunda alternativa no ha ganado mucho terreno. En particular, entre sus cuadros, intelectuales, sólo una minoría parece estar consciente siquiera de la existencia de ésta. Sin embargo, en medio del reflujo, en 1982, los partidos, atomizados por los efectos de la derrota de 1973, parecían tender hacia su recomposición en torno a dos ejes. Uno de ellos agrupaba a las organizaciones más tradicionales de la izquierda (comunistas, algunas fracciones socialistas, el MIR, algunas fracciones de las organizaciones originadas en la Democracia Cristiana e, incluso, los radicales), tras la reivindicación de su papel como partidos, asumiendo la necesidad de reconstruir un sistema de alianzas partidarias, aun cuando éste se redujera sólo a ellos mismos, pero manteniendo su llamado (ya permanente, y también permanentemente rechazado) a la Democracia Cristiana para que se sumara a un bloque opositor unitario (frente antifascista o como se le quisiera llamar), y, al mismo tiempo, aceptando, al menos como posibilidad teórica, la eventualidad del uso de la violencia para derrocar a la dictadura. (“Llamamiento a la unidad y al combate”, México, 21 de mayo de 1982, firmado por los partidos Comunista, Socialista —Almeyda—, Radical y MIR.) El otro eje estaba constituido por la llamada Convergencia Socialista, que agrupaba a lo más importante de los cuadros intelectuales provenientes de la izquierda que asumían la crítica a los partidos y proponían la “refundación” de la política chilena a partir de los movimientos sociales.<sup>91</sup>

Todo lo que parecía irrelevante en tanto actividad política propia de derrotados que constituyen una oposición reducida a la impotencia, cobra sentido si se lo examina como una confrontación ideológica en el campo de la oposición. Esta oposición está constituida por derrotados, pero no sólo los de 1973. La Democracia Cristiana figura, sin duda, entre los vencedores de 1973, pero su propuesta restauradora es luego derrotada en el campo de la dictadura. Sin embargo, el sumarla a la oposición, por iniciativa de la dictadura (como se ha dicho más arriba), no significa sumarla automáticamente a los derrotados de 1973. En su relación con la izquierda, la Democracia Cristiana se ubica en el campo de los vencedores y, al no aceptar las propuestas de unidad en un bloque opositor definido por la izquierda,

zas armadas que resulte en un proceso de transición, pero que surge de una concepción errónea del carácter de las mismas, de su participación en el régimen y, por lo tanto, del carácter de este último. Por otra parte, una política militar igualmente abstracta se ofrece naturalmente asociada al modelo de partido revolucionario, ya sea esperando que esta crisis (o alguna otra) descomponga a las fuerzas armadas y las debilite (como en Argentina después de las Malvinas) o que se comience la construcción de un aparato armado autónomo que, a largo plazo, pudiera desafiar en el terreno estratégico el control que ejercen las fuerzas armadas, posición que sigue siendo poco significativa en el conjunto de la izquierda.

<sup>91</sup> “Nuestra propuesta; unidad y solidaridad frente a la crisis nacional”, Santiago, 1 de mayo de 1982, Secretariado de la Convergencia Socialista: Partido Socialista (24 congreso), MAPU, MOC e Izquierda Cristiana.

se propone la tarea de asumir el liderazgo de una oposición cuya estrategia esté definida por el proyecto demócratacristiano.<sup>92</sup>

Este proyecto tiene una continuidad notable si se lo observa como el producto de la experiencia del gobierno de Frei, la oposición al gobierno de Allende y la participación subordinada en el bloque de apoyo a Pinochet. Se trata, en esencia, del mismo proyecto de redefinición de las relaciones entre alianzas políticas y alianzas sociales a partir de la hegemonía del PDC como representante de una alianza social, por sí mismo, que reúne tras un programa de desarrollo económico a sectores populares, como clientela, a sectores de la burguesía, cuyos intereses serían representados por el partido, el cual, a su vez, conservaría en sus bases y sus cuadros una composición de clase media política y tecnocrática.

En la situación de este período no parecía ni muy posible ni muy fructífero para los demócratacristianos el luchar por la representación de alguna parte de la burguesía, puesto que ésta, en su conjunto, se encontraba involucrada en el apoyo a la dictadura, preocupada por el destino de sus intereses económicos en el nuevo modelo de desarrollo y despolitizada. Sin embargo, en el otro frente, el de los sectores populares, su nueva situación en la oposición podía ser aprovechada para enfrentar el otro obstáculo, quizás el más importante, que se había opuesto a la realización de su proyecto: la independencia política de estos sectores expresada por los partidos marxistas. La tarea concreta emprendida por los demócratacristianos en este período es el desarme ideológico de la izquierda.<sup>93</sup>

En esta empresa, cuentan a su favor, con la situación en que se encuen-

<sup>92</sup> Ésta ha sido siempre la posición de Zaldívar, quien en 1977, concluía que era "imposible la formulación de un proyecto histórico común de la Democracia Cristiana y los comunistas. Dicho más claramente, la Democracia Cristiana rechaza una alianza o programa de gobierno con el Partido Comunista chileno." (Andrés Zaldívar, "La construcción de un nuevo proyecto social es un proceso de transición gradual", resumen del informe presentado al Plenario de la Democracia Cristiana en los primeros meses de 1977, *Chile-América*, núm. 28-29-30, Roma, febrero-marzo-abril de 1977, p. 198.) Más recientemente declaraba: "Nosotros como demócratacristianos, si queremos ser consecuentes con nuestra posición y creo que lo somos y creo que la directiva en ese sentido cumple y hay un documento de consenso que es claro en ese sentido, nosotros no podemos hacer ninguna acción tendiente a buscar una alianza para llevar a cabo un Gobierno con el Partido Comunista, ni tampoco con ningún partido que, como partido, como organización, como proyecto ideológico haya estado comprometido con la dictadura." (Andrés Zaldívar, "La otra voz de la DC", *El Mercurio*, Santiago, 1 de abril de 1984, p. 03. Cursivas nuestras.) En las cursivas reside la trampita de derecha de la posición aparentemente centrista de Zaldívar: de hecho, no existe en sentido estricto ninguna organización que, como tal haya estado comprometida con la dictadura; incluso los fascistas de la "nueva derecha", en sus varias expresiones, se autodisolvieron después del golpe y están en vías de reorganización a partir de 1983, al igual que todos los demás sectores de derecha.

<sup>93</sup> Los primeros en recetar explícitamente inyecciones masivas de "eurocomunismo" a la izquierda chilena fueron Genaro Arriaga y Claudio Orrego, *Leninismo y democracia*, Santiago, Ediciones Aconcagua, 1976.

tra la izquierda a partir de su derrota política y militar en 1973. La tarea es, entonces, infligirle la única derrota que la dictadura no es capaz de producir: la derrota ideológica. Entre las condiciones que componen la situación de la izquierda, la más favorable para los demócratacristianos es la desarticulación de los partidos y, en particular, la independencia que los intelectuales (su reserva ideológica) han adquirido respecto de sus organizaciones.<sup>94</sup> En lugar de ver a la Democracia Cristiana sumándose a la oposición de izquierda, y de escuchar su acto de contrición por su participación en la destrucción del sistema político, lo que se puede observar es a una parte de la izquierda empeñada en "aprender la lección" de la Unidad Popular, propalando las críticas al sistema político que hizo posible su triunfo y repitiendo, diez años después, las mismas críticas que la oposición golpista hiciera al gobierno de Allende.<sup>95</sup> Ésta es la victoria ideológica de la Democracia Cristiana en medio de su derrota política. Las consecuencias sólo se harán patentes en el período que se inaugura con la jornada nacional de protesta del 11 de mayo de 1983.

#### 4] 1983-1984: *La crisis política de la dictadura*

La desarticulación de los partidos, la distancia entre la lucha ideológica, la política y los procesos sociales, todo lo cual era observado como retroceso de los partidos en su conjunto y, en general, como pérdida de vigencia histórica del partido como modelo orgánico, se reveló palmariamente en las primeras protestas de 1983. Sin embargo, a partir de ellas se desarrolla un proceso de reactivación política, o repolitización, de la sociedad chilena que tiene entre sus rasgos más sobresalientes la reactivación de lo que quedaba de los partidos, sus fracciones o sectores, y la aparición de nuevas organizaciones que aspiran al mismo estatus.<sup>96</sup> La vieja élite política, y

<sup>94</sup> Bajo las condiciones de la represión los vínculos orgánicos se fortalecen en la clandestinidad, pero la mayoría de las bases y la clientela quedan excluidas de ellos y sólo mantienen una vinculación ideológica a través de aquellos intelectuales que puedan ocupar los espacios permitidos por la dictadura en el terreno cultural, en general, y, muy especialmente en este caso, el periodismo político. A su vez, los intelectuales han asumido una gran independencia respecto de los partidos ya que, entre otras cosas que han ocurrido, su actividad no se desarrolla en instituciones estatales en las que incluso su situación personal podía depender de los vaivenes de la política y, por lo tanto de sus afiliaciones partidarias.

<sup>95</sup> "Sobre todo, entendemos que Allende fracasó en su premisa básica", afirmó Tomás Mulán, un científico político de izquierda. "Pensó que Chile podía ser llevado al socialismo con el apoyo de solamente 30 por ciento de la población. Ahora entendemos que ningún programa político puede tener éxito a menos que una gran mayoría de chilenos lo apoye." (*Excelsior*, México, 25 de septiembre de 1983, p. 31. Compárese este argumento con los referidos en la nota 58.)

<sup>96</sup> Después de un año de iniciado el proceso de reactivación política, *El Mercurio* consigna a los siguientes como los actores más significativos: ALIANZA DEMOCRÁTICA

elementos nuevos que comparten algunas de sus características, participan en una intensa vida política que ha desplazado, objetiva y subjetivamente, a la protesta social y se canaliza en las líneas de creación, consolidación y desarrollo de estructuras partidistas y en su articulación en bloques, tanto en el gobierno como en la oposición.

Toda la discusión acerca del grado de espontaneidad de las primeras protestas revela hasta qué punto la situación objetiva obedecía a lo que se ha caracterizado como retroceso de los partidos y, en particular, a la desarticulación de la izquierda. El desarrollo del proceso político a partir de esas protestas muestra cómo, en el plano subjetivo (ideológico), los análisis que intentaban dar cuenta de esa situación eran más un reflejo de ella misma que una conceptualización teórica. Por último, la situación prevaleciente a mediados de 1984 permite, a pesar de su fluidez, evaluar lo avanzado en los terrenos ideológico y político por el proyecto democratacristiano. Examinar todo esto requiere una breve reseña del origen del proceso en las protestas.

Lo que los hechos de 1983 muestran es, por una parte, la incapacidad orgánica de la oposición política para articular la protesta de los sectores populares y, por otra, la descomposición del bloque social de apoyo a la dictadura, que proporciona la ocasión para que la protesta se exprese y se extienda en la sociedad hacia el campo de las clases medias e, incluso, sectores de la burguesía. Visto así el proceso, lo que destaca es la extensión de la protesta más que su intensidad. Esto es también confirmado por la debilidad orgánica que conduce a los trabajadores del cobre a convocar a una expresión de protesta más difusa, pero más extensa, al verse en la imposibilidad de realizar su ya programado paro nacional en las minas de cobre.<sup>97</sup>

Estas determinaciones del movimiento de protesta son las que le dan las características más sobresalientes, que constituyen los temas centrales de discusión acerca de él en sus inicios: el espontaneísmo, que lo caracteriza en general, y la violencia, que establece algunas diferencias entre sus varias

(Democracia Cristiana, Social Democracia, Partido Radical, Derecha Republicana, Partido Socialista, MAPU-OC [MOC], Convergencia Socialista). BLOQUE SOCIALISTA (Partido Socialista, Izquierda Cristiana, MAPU, MAPU-OC [MOC], Grupo por la Convergencia, Movimiento de Convergencia Universitaria). GRUPO DE LOS OCHO: (Unión Nacional, Unión Demócrata Independiente, Partido Nacional, Social Cristianismo, Democracia Radical, Movimiento de Acción Nacional, Talleres Socialistas Democráticos, PADENA). MOVIMIENTO DEMOCRÁTICO POPULAR (Partido Comunista, Partido Socialista Almeydista, MIR). (*El Mercurio*, Santiago, 17 de junio de 1984, p. D1.)

<sup>97</sup> La Confederación de Trabajadores del Cobre acordó el 21 de abril de 1983, en su Congreso Extraordinario realizado en Punta de Tralca, llamar a un "PARO NACIONAL DEL PAÍS de 24 horas, destinado a protestar contra la legislación laboral y la política económica y social imperantes". El paro no pudo ser acordado en Chuquicamata ni en tres sindicatos de El Teniente controlados por el oficialismo ni en el sindicato profesional de la zona andina, que dirige el vicepresidente de la CTC. ("Chile: Itinerario de la protesta nacional", *Convergencia*, núm. 9, México, julio de 1983, pp. 37-38.)



expresiones en distintos sectores sociales.<sup>98</sup> Estas imágenes ideológicas de las protestas, a su vez, son un buen punto de referencia para evaluar el sentido de tres procesos que, corriendo paralelos, caracterizan la política chilena a partir de mayo de 1983: la politización de la protesta, primero, y, estrechamente vinculado a ello, la conformación de bloques políticos en la oposición, compuestos (o descompuestos) en un proceso acelerado de reconstrucción de partidos políticos. Por último, los intentos de recomposición del bloque de apoyo a la dictadura, proceso que se expresa en la política del gobierno militar, pero también en una politización de sus partidarios que tiende hacia la estructuración de partidos o embriones de ellos. Examinar estos procesos puede ser una buena manera de evaluar el estado del proyecto demócratacristiano en la situación creada a partir de 1983.

Si la extensión de la protesta y su espontaneísmo están asociados en el origen, es por el bajo nivel de articulación política de las manifestaciones de descontento social que se observaba en los años de 1977 a 1983. Sin embargo, el cambio en la correlación de fuerzas sociales que la protesta de 1983 significa debía buscar canales de expresión que consolidaran este cambio y, frente al proyecto despolitizador de la dictadura, la politización de la oposición es una forma de avanzar en la formulación de alternativas. Desde este punto de vista, el desarrollo de las protestas, tal como ocurrió, puede ser considerado "natural". Si la extensión de la protesta "estalla" en mayo de 1983, los rasgos que asume su desarrollo pueden ser rastreados antes de esa fecha. Por una parte, tal como ya se dijo, esa extensión encuentra su fundamento en la descomposición del bloque social de apoyo a la dictadura, pero por otra, las formas orgánicas que canalizaban esa descomposición no permitían desencadenar un proceso político de las dimensiones del que provocó la protesta. El apoyo social a la dictadura se descomponía naturalmente a través de los cauces corporativos que habían concentrado la representación política de la burguesía desde la crisis de sus partidos tradicionales. Los niveles de radicalización posible dentro de ese modelo orgánico alcanzaron sus límites (entre los camioneros, productores de trigo, comerciantes, etc.), mientras, al compás de la crisis económica, se comenzaba a producir una reactivación de la élite política.<sup>99</sup>

La protesta de mayo de 1983 rompe esta línea de desarrollo, pero no para interrumpir esos procesos sino para ubicarlos en otro nivel, en el cual se aceleran considerablemente. La convocatoria a la jornada de protesta por parte de la Confederación de Trabajadores del Cobre tiene un sentido

<sup>98</sup> Una descripción muy acuciosa de la primera protesta, en la que se destaca e intenta evaluar la importancia real de estos rasgos, se encuentra en el *Informe Mensual de Coyuntura Política*, núm. 35, Santiago, mayo de 1983.

<sup>99</sup> Este proceso se encuentra registrado en los informes mensuales del Taller de Análisis Político. En particular, el paso del modelo corporativo a la reactivación de los partidos, detectado a través de los primeros intentos de refundar el Partido Nacional, se puede ver en los *Informe Mensual de Coyuntura Política*, núm. 30 y 31, diciembre de 1982 y enero de 1983.

complejo. Por un lado, representa, en el ámbito social, el paso de los sectores populares a la vanguardia en la expresión de un descontento que en el campo de la burguesía y las clases medias no superaba sus limitaciones ideológicas y orgánicas de manera que pudiera extenderse. Son los sectores populares los que pueden sumar a otros de las clases medias e, incluso, de la burguesía, a su movimiento, pero no a la inversa. Sin embargo, el carácter generalizado de las protestas está definido, en los hechos, por la presencia de aquellos sectores que provienen del bloque social de apoyo a la dictadura. Por otra parte, la misma convocatoria tiene un carácter indudablemente político, aunque ambiguo; los dirigentes sindicales, a pesar de la desarticulación de los partidos, tienen afiliaciones todavía identificables y, en este sentido, la convocatoria de los trabajadores del cobre implica una participación unitaria, aun cuando sea en una organización corporativa, de los demócratacristianos y la izquierda. Por último, a pesar de ese mismo contenido político, para las clases medias y la burguesía los trabajadores del cobre representan todavía al sector obrero que los acompañó en la oposición a la Unidad Popular.<sup>100</sup>

El proceso de politización de la protesta avanza ahora desde la reactivación del personal dirigente de los partidos hacia la reactivación, reconstrucción o formación de organizaciones políticas. En este terreno toma ventaja la Democracia Cristiana, que por su composición y por las características de su proyecto se convierte de inmediato en el eje de dos procesos: primero, de la reactivación de la vieja élite política y su agrupamiento en lo que podría llegar a ser un embrión de un sistema de partidos políticos reconstruido de acuerdo con los lineamientos del proyecto demócratacristiano, la Alianza Democrática, y, segundo, de la politización de esta protesta, como medio de rearticular la representatividad social de esa élite reactivada y, en particular, del propio PDC. Para lograr esto parecía bastar el que los demócratacristianos asumieran nominalmente la responsabilidad de encabezar un movimiento “espontáneamente”. Esto fue lo que hicieron a partir de julio de 1983. Sin embargo, esta forma de politización de la protesta reveló, en sus limitaciones, la complejidad del proceso.

Si la espontaneidad y la extensión de la protesta indicaban el grado de desarticulación entre lo político y lo social alcanzado como efecto de la aplicación de los proyectos de la dictadura, la variedad de expresiones de la protesta, en particular los actos de violencia y su distribución social, indicada por su distribución espacial, hacían notar que no se trataba de un “movimiento social” indiferenciado y que tampoco la desarticulación de los partidos con respecto a sus bases sociales, en particular los de izquierda, era tan profunda como para suponer que la Democracia Cristiana se

<sup>100</sup> Todo lo ambiguo de la significación de los trabajadores del cobre se refleja en los problemas internos que en la CRC precedieron al ascenso de Seguel al liderazgo y al llamado a la primera jornada de protesta. (Véase un recuento de éstos en *Informe Mensual de Coyuntura Política*, núm. 35, pp. 1-3.)

montaba en la protesta llenando un vacío político absoluto, tanto en el sentido ideológico como en el orgánico.<sup>101</sup> Para coincidir la imagen que se deseaba proyectar y la acción que, en supuesta consecuencia, emprendía en este proceso el PDC, era necesario efectuar algunos recortes en los contenidos políticos y también en las expresiones “espontáneas” de la protesta social. Sin embargo, esto planteaba algunos dilemas a los demócrata-cristianos.

Presentarse como una alternativa democrática le ponía como tarea a la Democracia Cristiana conservar la extensión de la protesta en el terreno de los sectores sociales que habían apoyado a la dictadura, pero, por otra parte, también implicaba controlar las expresiones más violentas de la protesta entre los sectores populares y grupos sociales radicalizados (estudiantes). Esta situación constituía para los demócratacristianos uno de aquellos típicos dilemas de las posiciones centristas, que nunca han podido resolver satisfactoriamente. Actuar sobre todos estos sectores de los componentes de la protesta social les ponía en la situación de tener que reconocer que existían otros elementos de articulación política.

En el terreno de la burguesía y las clases medias, tenían que competir con el gobierno militar, que se conserva como instancia de articulación política de esas clases, y con las nuevas organizaciones políticas que aspiran a cumplir esa función. Los demócratacristianos contaban para ello con los cuadros de la “vieja derecha” y las organizaciones reconstruidas por ellos. Sin embargo, tanto el gobierno como las nuevas organizaciones que lo apoyan buscan reconstruir el apoyo social a la dictadura a partir de la condena de la “violencia” y el “caos” que son presentados como consustanciales con la oposición. Combatir esta imagen implicaba para los demócratacristianos ganar su reconocimiento como alternativa “democrática” por parte de la misma dictadura. Éste fue, quizás, su máximo logro político en 1983: obtener su credencial de demócratas extendida por la dictadura al aceptar un diálogo político.<sup>102</sup>

El precio de ese logro se pagó en el terreno de los sectores populares. Aquí la Democracia Cristiana debió limitar el espectro de alianzas posibles, lo cual hizo con gusto puesto que no se trata de una cuestión táctica; es su

<sup>101</sup> Por ejemplo, la distribución de las acciones en Santiago y los grados de violencia involucrados en ellas, durante la protesta del 14 de junio de 1983 dan la impresión de que, a pesar del tiempo transcurrido y de los indudables cambios en la sociedad chilena, hay elementos políticos que tienen una permanencia mayor de la que se les suele atribuir. No sólo la nostalgia nos lleva a observar la importancia en esa jornada de los hechos producidos alrededor del “Pedagógico” (sector Macul, Av. Grecia - Dr. Johow). (*Hechos Urbanos*, núm. 22, Santiago, junio de 1983.)

<sup>102</sup> Los logros del diálogo se ubican sólo en su realización. Las reuniones de Jarpa con la Alianza Democrática tuvieron lugar el 25 de agosto, 5 de septiembre y 29 de septiembre, siendo cancelado el diálogo por la Alianza Democrática el 20 de octubre de 1983. En la primera reunión se solicitó la renuncia de Pinochet, lo cual fue rechazado por Jarpa. En el tercer encuentro los opositores sólo pedían que se fijara una agenda.

proyecto estratégico el que supone la exclusión de la izquierda. Así, entre sus tareas respecto de sus aliados, dio prioridad a la reconstrucción de la derecha por sobre el estímulo al desarrollo de tendencias socialdemócratas en la izquierda. Al mismo tiempo, en el terreno de la protesta social, debió condenar las manifestaciones de violencia y aparecer junto al gobierno frente a la izquierda identificada con esas manifestaciones. Con esta forma de actuar definió el ámbito y algunas de las características que asumiría un bloque opositor de izquierda. La decisión democratacristiana fue construir una alternativa a la dictadura que le dispute el apoyo social en su propio terreno, antes que una oposición unificada que incorporara a los sectores populares con sus propias expresiones políticas. (Véase nota 92.) Las consecuencias de esa decisión para el proyecto democratacristiano recién comienzan a verse.

El proceso de politización de la protesta se completa con la conformación de un segundo bloque de oposición, el Movimiento Democrático Popular (MDP), cuyo eje es el Partido Comunista. Al igual que en el caso de la Democracia Cristiana y la Alianza Democrática, lo que posibilita a los comunistas a desempeñar un papel tan importante en este segundo bloque opositor, es la capacidad que demostraron para sobrevivir como partido durante todo lo que va de dictadura, tanto en el sentido orgánico como en el de conservación de su representatividad social. Sin embargo, lo tardío de la conformación de este bloque indica que el Partido Comunista privilegiaba la posibilidad de conformación de una oposición unida por sobre la constitución de un reagrupamiento de la izquierda exclusivamente. Es el rechazo democratacristiano a cualquier alianza con la izquierda, excepto los sectores que aspiran a constituir alguna suerte de socialdemocracia, lo que empujó finalmente a los comunistas a unirse a grupos que, en general, se inclinan hacia la oposición a la dictadura por todos los medios, sin descartar la violencia, pero que tampoco han formulado una política seria al respecto. Los problemas que este bloque enfrenta no son tema de este ensayo, pero habrá que señalar algunos de ellos en las conclusiones. Lo que es relevante aquí es que el aislamiento de esta izquierda es producto de un corte definido dentro del proyecto democratacristiano, pero que, muy probablemente, las características que está asumiendo no corresponden a las previsiones tácticas asociadas con ese proyecto.<sup>103</sup>

La politización de la protesta por medio de dos bloques de oposición obedece a varias determinantes. Unas provienen del carácter mismo de la protesta, tal como se ha señalado, en tanto que otras se derivan de los proyectos con que los partidos pretenden vincularse a ella. En este sentido

<sup>103</sup> Las expectativas democratacristianas respecto de la situación de la izquierda parecen haber sido que el debilitamiento de sus organizaciones y de su capacidad de acumulación de fuerzas era mucho más profundo. De ahí la soberbia con que se auto-proclamaban único eje posible de un movimiento político opositor. (Véase *Informe Mensual de Coyuntura Política*, núm. 32-33, Santiago, marzo de 1983.)

es también definitorio el papel que juega el proyecto democratacristiano. Es claro que, como partido, no podía aspirar a expresar la protesta en toda su extensión. Por otra parte, desde antes de la primera protesta, este proyecto se traducía en intentos de reactivación de la vieja élite política, como paso hacia una recomposición del sistema de partidos, en el que el papel central de la Democracia Cristiana sería indisputable. De esta manera, la conformación de bloques, como forma de repolitización de la sociedad, es reforzada por la amplitud y complejidad de la protesta. Sin embargo, al ser los bloques, y fundamentalmente la Alianza Democrática, un medio para reagrupar a la élite política y facilitar la reconstrucción de los partidos, y al acelerar la protesta el proceso de repolitización, se produjo una inconsistencia: los bloques son una mejor expresión de la protesta en su extensión y heterogeneidad pero, dentro de ellos, cada partido debe buscar, para su reconstrucción, su propia rearticulación con las bases sociales a las que, en virtud de cualquier definición, busca representar. Así, los bloques constituyen el campo que hace posible la recomposición partidaria, pero ésta requiere definiciones más precisas que las que admiten la protesta y los bloques mismos. Lo que se produce es un aparente desgaste y pérdida de fuerza de la protesta, una paralización de los bloques en el nivel de sus primeras definiciones y una intensa vida política "cupular", en la que los cuadros emprenden la búsqueda de las fórmulas ideológicas y orgánicas que permitan la reconstrucción de sus partidos.<sup>104</sup>

Dentro de la Alianza Democrática, la Democracia Cristiana, en su papel de eje, busca la reconstrucción de una "derecha democrática", privilegiando los contactos con la vieja derecha y la constitución de una "izquierda democrática", realzando la presencia en su bloque de cuadros provenientes del socialismo. Sin embargo, las relaciones de fuerza no se han desarrollado simétricamente. En la derecha, la Alianza Democrática tiene como tarea enfrentar los intentos de la dictadura por recomponer su apoyo, en tanto que en la izquierda, el Partido Comunista es un eje alrededor del cual se reagrupan otras fuerzas.

El principal logro de la protesta ha sido, sin duda, expresar el cambio de la correlación de fuerzas sociales en un proceso de repolitización gene-

<sup>104</sup> El problema planteado a cada sector de la élite política reactivada es el de articular un movimiento de masas que no tiene formas legítimas de expresión, por una parte, y, por otra, buscar formas que maximicen la imagen de su propia representatividad frente a los demás competidores dentro de la clase política. En este terreno se han intentado, además de las jornadas de protesta, las concentraciones masivas (a campo abierto y en recinto cerrado) y se anunciaron los "cabildos". La formación de bloques tiene el doble sentido de sumar fuerzas y, al mismo tiempo, fijar límites a las alianzas. En ausencia de métodos de contrastación de la representatividad social presunta, la participación en bloques implica un reconocimiento por los "pares" en la élite política. La identificación del apoyo social con los bloques podría haber facilitado la movilización en tanto el apoyo a cada partido no se pudiera medir. Sin embargo, buena parte del estancamiento de los bloques se debe a la prioridad que, en la cúpula, tiene la reconstrucción de cada partido por separado.

ral de la sociedad. Esto se refleja también en una “politización” de la dictadura y de las fuerzas que la apoyan.<sup>105</sup> Si el proyecto de desarrollo económico, y su aplicación exitosa durante un período, profundizaron la despolitización general, la crisis económica descompuso el bloque de apoyo a la dictadura en sectores cuyos intereses se vieron diferencialmente afectados y que expresaron su protesta en forma corporativa. Sin embargo, aun cuando el gobierno intenta recomponer su apoyo negociando concesiones sectorialmente, no parece haber una opción disponible para él en la que, salvando el modelo monetarista sobre el cual se basó la política económica de la dictadura, permita, al mismo tiempo, recomponer el apoyo político a ella por el conjunto de la burguesía. Por otra parte, la importancia de las protestas y su rápida politización obligaron al gobierno a responder en el terreno elegido por la oposición: el terreno político. A estas determinaciones obedece la creciente politización de la administración, primero (Jarpa, ministro del Interior) y de los ministerios económicos, después (Collados y Escobar en Economía y Hacienda). Todo esto significa que ya no es posible recomponer el apoyo social a la dictadura con base en una política económica diseñada “científicamente” y que haga innecesarios la negociación política y el tráfico ideológico. Por el contrario, todo hace prever que la política económica, una vez perdida su coherencia doctrinaria con la salida de los “Chicago boys” del gobierno, avanzará erráticamente al compás de las concesiones que se hagan a distintos sectores de la burguesía, de los avatares de las coyunturas económicas, tanto nacional como internacional, y de los enfrentamientos expresados ideológica y orgánicamente en el terreno político, entre las fuerzas que apoyan al gobierno.

La fuerza del proceso de politización general se expresa también en el afán de los distintos grupos que apoyan incondicionalmente a la dictadura por organizar partidos, o grupos que puedan evolucionar hacia esa forma de organización. Estos grupos tienen orígenes variados y, por lo tanto, lo que buscan es hacer cristalizar como partidos a distintos modelos ideológicos. Para la “nueva derecha” parece llegado el momento de asumir el papel político que hasta ahora les fue negado bajo la dictadura. Por fin estos cuadros pueden aspirar al papel de líderes y no conformarse con el de asesores civiles de un gobierno militar, o el de ideólogos aislados cuyo único canal de comunicación con la masa es el periodismo. Por otra parte, también en el campo de los que apoyan a la dictadura, se han reactivado cuadros de la vieja élite política, como los nacionalistas que provienen del Partido Nacional o los Social-Cristianos que provienen de la Democracia Cristiana. De este modo se constituye una franja fronteriza alrededor de

<sup>105</sup> La politización de la dictadura misma se observa en la composición del gabinete, que comienza a incluir a “viejos políticos”, como Jarpa, Collados y Escobar, en los ministerios claves. La politización del apoyo a ella se puede ver en la variedad de organizaciones de derecha, de las cuales las más importantes están mencionadas en el Grupo de los Ocho en la nota 96.

la "vieja derecha" donde compiten, pero también se comunican, la Alianza Democrática y los distintos sectores que apoyan a la dictadura.<sup>106</sup>

#### VI. COMO CONCLUSIÓN, UN BALANCE PROVISIONAL DEL ESTADO DEL PROYECTO DEMOCRATACRISTIANO

No hay duda respecto de la importancia de los logros obtenidos por la Democracia Cristiana a partir de 1983. Sin embargo, su mismo proyecto, y su aplicación en las condiciones concretas de Chile, muestran vacíos y limitaciones cuya apreciación puede contribuir al esclarecimiento del proceso político actual. La actuación de los democratacristianos ha sido decisiva en la constitución de la situación que prevalece hoy en el país, por lo cual la evaluación del estado actual de su proyecto incluye naturalmente la evaluación de la situación política nacional.

Si se considera a la politización general de la sociedad y la dictadura, como lo central del proceso inaugurado en 1983, la contribución democratacristiana a la definición de los rasgos específicos que asume ese proceso no puede ser subestimada. En primer lugar, la reactivación de los cuadros de la élite del viejo sistema político tiene como impulsores y como eje a miembros del rnc. Segundo, la conformación de un bloque político a partir de las protestas y de los cuadros ya reactivados conserva las mismas características. Tercero, los límites que el bloque así conformado impone a su acción y a sus miembros posibles están determinados por las exigencias de aplicación de la estrategia democratacristiana (exclusión de la izquierda no socialdemócrata, rechazo a algunas expresiones de la protesta, en particular los actos de violencia, y, por último, el establecimiento de un diálogo con la dictadura como medio de avanzar en la consecución de las metas propuestas por el bloque). Estos tres aspectos generales del proceso de politización de la actividad opositora muestran, al mismo tiempo, la importancia de la Democracia Cristiana en el proceso general y los logros obtenidos por ella al imponer su estrategia al bloque opositor más importante, la Alianza Democrática.

Sin embargo, estos mismos elementos de avance muestran otros caracteres que los hacen más complejos y ambiguos, revelando toda su importancia a través del virtual estancamiento del proceso político un año después de iniciado. Indudablemente, la reactivación de los cuadros políticos y la conformación de la Alianza Democrática alrededor de la influencia de la Democracia Cristiana tienen el sentido estratégico de reconstruir el sistema político anterior a 1973, con las modificaciones (principalmente exclusio-

<sup>106</sup> En esta franja se decidirá el enfrentamiento táctico Democracia Cristiana-dictadura. O bien se avanza en la descomposición del bloque de apoyo al gobierno, ampliando la influencia de la Alianza Democrática hacia la derecha, o bien se resubordina a los democratacristianos en el bloque dictatorial.

nes) necesarias para garantizar su inmunidad a un nuevo triunfo de la izquierda. Esto se ve confirmado por los proyectos dados a conocer como parte de un programa de gobierno de la Democracia Cristiana, que conservan las características básicas de su proyecto general elaborado a comienzos de la década de los sesenta (Foxley, 1983), y por la propuesta de considerar a la Alianza Democrática como un eventual bloque político de gobierno y no como un pacto opositor transitorio.

En el terreno táctico, la reactivación de los cuadros de la derecha tradicional tiene el sentido de recoger y expresar en la Alianza Democrática, el descontento de los sectores de la burguesía que comienzan a oponerse a la dictadura a partir de la crisis económica. La inclusión de los cuadros provenientes de la izquierda y con inclinaciones socialdemócratas busca aislar a la izquierda más tradicional, pero, además, consolidar la victoria ideológica de la Democracia Cristiana sobre la izquierda al privarla de una parte importante de los cuadros que la representaban en el terreno ideológico (lo cual se confirma, por ejemplo, por la prevalencia casi sin contrapeso de las posiciones socialdemócratas en el campo de las ciencias sociales).

El mismo logro de estas metas por los demócratacristianos genera movimientos de sentido contrario. Así, si la reactivación de cuadros de la vieja derecha y su inclusión en la Alianza Democrática politiza la descomposición del bloque de apoyo a la dictadura, los intentos de recomponer ese apoyo también se politizan, haciendo pasar a primer plano a los cuadros de la vieja y la nueva derecha que permanecen fieles al gobierno. Con esto, el gobierno logra, entre otras cosas, que el diálogo político con la oposición no afecte a las bases del poder, a las fuerzas armadas, que no se ven involucradas en el proceso ni por el gobierno ni por la Alianza Democrática. Este diálogo político, con las características que asumió, es la clave del estacamiento del movimiento opositor y de la recuperación de la iniciativa política por parte de la dictadura, puesto que fue en este terreno donde los términos de la discusión se transformaron, pasando su tema desde las condiciones para el término de la dictadura a las condiciones para la recomposición del apoyo de la burguesía y las clases medias a ella.

La táctica de la Democracia Cristiana que condujo a este resultado es coherente con su proyecto estratégico. De lo que se trata para ellos es de obtener la representación de la burguesía especulando con el apoyo popular que eventualmente podría movilizar el pdc. Esto parecía posible de lograr en el momento en que la Alianza Democrática se presenta como la expresión política de la protesta social generalizada y consigue ser reconocida como interlocutora del gobierno en un diálogo político. Sin embargo, el primer efecto del diálogo es debilitar la protesta, lo cual es un objetivo táctico del gobierno. La explicación de este resultado tiene que ver con las imágenes que de la situación coyutural, y en particular de la protesta, se forman y proyectan los demócratacristianos. En este sentido es fundamental



la posición de los democratacristianos y quienes son influidos por ellos respecto de la izquierda. En un primer momento se argumentó el carácter espontáneo de la protesta como forma de negar tanto la vigencia del modelo organizativo partidario como la representatividad social de los partidos de la izquierda. Así, o bien la protesta social debía ser canalizada por organizaciones políticas de nuevo tipo, no por partidos, o, al menos, creaba el espacio para nuevos partidos. Como el desarrollo de las protestas a lo largo de 1983 hizo cada vez menos posible el negar la presencia de las organizaciones de la izquierda en ellas, y por lo tanto su representatividad social y su capacidad movilizadora, y, además, el establecimiento de un diálogo con la dictadura, planteaba a la Alianza Democrática la tarea de controlar el movimiento de protesta, la imagen de esta última tenía que ser cambiada: ya no se trataba de negar la presencia de la izquierda en el movimiento de protesta sino de reconocerla como asociada a las expresiones más violentas de ésta y, consecuentemente, condenarla junto con ellas.

Al conceptualizar así la situación, la Alianza Democrática se ubicaba en el terreno dominado por la dictadura, para la cual destacar y condenar las expresiones de violencia asumidas sectorialmente por las protestas tenía el propósito de quebrar el frente opositor, haciendo aparecer a los sectores de la burguesía y las clases medias que tomaban parte en ellas como instrumentos inconscientes de una estrategia marxista para desestabilizar al gobierno. De esta manera, a fines de 1983 y en 1984, el proceso de politización desemboca en la constitución de tres bloques políticos, con lo cual el peligro de un choque frontal entre dictadura y oposición disminuye considerablemente. El gobierno tiene ahora mayores márgenes de maniobra y, de hecho, al debilitarse el movimiento de protesta, recupera la iniciativa política. Esto implica haber reestablecido una suerte de "normalidad" política que, en el terreno táctico, se debe ver como una victoria del gobierno militar.

A pesar de todo esto, la nueva normalidad no es la que existía antes de mayo de 1983. Ahora hay una vida política intensa en la que participan tanto la dictadura y los sectores que la apoyan como la oposición. Las fuerzas políticas buscan legitimar su existencia como partidos y como bloques en el terreno ideológico (formulando proyectos) y en el de la representatividad social (movilizando a distintos sectores, o a los mismos, para manifestaciones más o menos masivas). Sin embargo, la constitución de todos estos elementos políticos atomizados traslada el problema de la legitimidad al ámbito del reconocimiento por los pares, las otras organizaciones, y la participación en el sistema de alianzas en que ellas constituyen los bloques, con lo cual el movimiento social resulta, una vez más, "expropiado" por el modelo organizativo del partido político.

La competencia por el apoyo social entre los tres bloques se manifiesta en el enfrentamiento "cupular", en el que cada uno de los tres busca reducir los actores a dos, ya sea sumando o excluyendo a uno. Así, la dictadura

se politiza en dos sentidos: primero, politiza el gabinete con el fin de establecer el diálogo con la oposición "democrática" y, más tarde, para negociar la política económica con la representación corporativa de los distintos sectores de la burguesía; segundo, impulsa el desarrollo de las organizaciones políticas que expresan las variantes ideológicas presentes en el bloque que apoyó a la dictadura desde 1973 (nacionalistas de varios pelajes, gremialistas, socialcristianos, etc.). Esta doble politización de la dictadura obedece a la toma de conciencia de su situación. Por una parte, la negociación en torno a la política económica no es tan simple como un cambio de modelo de desarrollo, que pudiera traducirse en el relevo de un equipo de tecnócratas por otro que estuviera reflejando un cambio en la correlación de fuerzas entre distintos sectores de la burguesía, definidos, a su vez, por sus intereses sectoriales representados corporativamente. De lo que se trata es de la crisis de un modelo de desarrollo que no será remplazado por otro, sino por una política económica errática, constituida probablemente por medidas incoherentes e, incluso, contradictorias, las cuales resultarán de negociaciones coyunturales con sectores corporativos, cuya unidad en torno al gobierno militar deberá fundarse en el terreno político e ideológico. A esta última necesidad obedece la politización en el segundo sentido señalado. Es en el terreno de las alianzas políticas donde se busca recomponer el bloque de apoyo a la dictadura.

La reducción de los bloques políticos a dos pone un doble objetivo táctico frente a la dictadura: primero, recuperar la mayor parte del apoyo social que pasó a la Alianza Democrática, incluyendo la recuperación de las bases democratacristianas; segundo, reducir la oposición a una izquierda arrinconada en la ilegalidad, constituida así en un asunto policial y no político, lo cual reforzaría el cumplimiento de la primera tarea al enfrentar a las clases medias y a la burguesía con la violencia y el caos como única alternativa a la dictadura. Estas metas suponen dos tareas inmediatas con respecto a la Democracia Cristiana: aislarla de sus socios de derecha en la Alianza Democrática y subordinarla a los proyectos del gobierno a través del diálogo.

Para la Democracia Cristiana, la reducción del espectro de bloques a dos presenta los principales escollos en la izquierda. Es allí donde debe conseguir el apoyo y subordinación de sectores populares a través de sus aliados socialdemócratas y de la exclusión de la izquierda más tradicional que se agrupa en el MDP. Al dar prioridad a esta tarea por sobre el impulso a la protesta social, los democratacristianos se ubicaron en el terreno donde fue posible para la dictadura el recuperar la iniciativa política.

Para la izquierda, constituida como bloque en el MDP, la reducción de los actores tiene la forma de unidad de la oposición. Sin embargo, esto puede asumir dos variantes, según se trate de subordinarse a la Alianza Democrática o de establecer otro tipo de acuerdo con ella. Este dilema contiene no sólo el germen de la división o disolución del bloque de izquierda

sino también el de la división o descomposición de algunos de sus miembros, en tanto que privilegien el objeivo de la unidad por sobre el del desarrollo del propio MDP.

Las condiciones en que estos tres bloques actúan han contribuido a acen-tuar el carácter cupular de su vida política e ideológica. Al postergar la protesta social como forma de expresar su fuerza, las organizaciones políti-cas han puesto su legitimidad en manos del resto de la élite política reactiva-da, ya que buscan el reconocimiento de las alianzas y no del movimiento social. Esto tiene consecuencias en el terreno coyuntural al convertir a la dictadura en árbitro del reconocimiento de la legitimidad de las fuerzas políticas, privilegiando el diálogo, y al sobreestimar la importancia de algu-nos elementos de la élite política cuya representatividad social es muy du-dosa, pero que pasan a primer plano por su ubicación en las dos franjas fronterizas que separan a los tres bloques.

El papel de árbitro de la legitimidad de las fuerzas políticas ha sido asu-mido por la dictadura gracias a la debilidad de las expresiones opositoras, que no sólo no han sido capaces de minar las bases del poder de la dicta-dura en los hechos (las fuerzas armadas), sino que ni siquiera han cues-tionado la legitimidad de la dictadura militar como tal en el terreno ideo-lógico. De este modo, el estancamiento del proceso político, al diluir la protesta social en el juego elitista que excluye las manifestaciones de la re-presentatividad social de los actores políticos, se completa con el escamoteo del carácter de la dictadura, de su ilegitimidad desde el origen y de la res-ponsabilidad en ella, antes y ahora, de las fuerzas armadas. El cuestiona-miento de la dictadura en 1983, la consigna "democracia ahora", es susti-tuido por el cuestionamiento de la moral individual del dictador y de los miembros de su familia y allegados, a través de los medios de difusión y de demandas en los tribunales.

Si en el tránsito desde la protesta social a su expresión política se subor-dinó a la primera a los intereses de los cuadros políticos, ni que decirse tiene que nadie, que importe, se planteó, en serio, el problema de la eventual necesidad de expresar esa fuerza social y política acumulada en una fuerza militar, si es que se piensa en derrocar a esa dictadura. Las expresiones de violencia, dentro de las protestas o aisladas, no sugieren siquiera algún avance en el diseño de una estrategia que las incorpore más allá de su utilización para lograr el reconocimiento de algunas fuerzas a las que se niega su representatividad social, buscando excluirlas del juego político. Sin embargo, en la discusión ideológica, tal como se ha señalado, estas manifestaciones han jugado un papel importante y, a juzgar por algunas hipótesis generales acerca del desarrollo futuro del proceso político chileno que se difunden, lo seguirán jugando.

Dos hipótesis arquetípicas son importantes en este momento para defi-nir algunos futuros posibles del proyecto democratacristiano. Ambas son caracterizadas por el estancamiento del proceso político y, asociadas a ello,

las manifestaciones de violencia incorporadas como un elemento “normal” de la situación política. En un caso se habla de “irlandización” de Chile —aludiendo a la situación de Irlanda del Norte—, buscando destacar ambos rasgos, el estancamiento político y la presencia permanente, pero también estancada, de manifestaciones de violencia política tanto aisladas como de masas. Sin embargo, el rasgo definitorio de esta situación es la ocupación militar desempeñada en Chile por las propias fuerzas armadas, por lo cual el único futuro del proyecto democratacristiano, dentro de esa hipótesis, sería su subordinación al gobierno militar.

Otra posibilidad lógica, la adopción del proyecto democratacristiano por parte de las fuerzas armadas, o, al menos un respaldo tolerante a un intento de aplicación de él, tiene como condición un cambio en la correlación de fuerzas en el plano militar que constituye una segunda hipótesis —la “salvadorización” de Chile, por referencia a El Salvador— en la cual una fuerza militar opositora cuestiona el control político, social y territorial de las fuerzas armadas al punto de hacer necesario un recambio político. En ambas hipótesis el proyecto democratacristiano aparece como accesorio de la dominación militar.

La política de la Democracia Cristiana parece apuntar, sin embargo, a una alianza en la que, ignorando la importancia y el papel de la fuerza, las instituciones armadas adopten por consideraciones puramente ideológicas el proyecto que ellos ofrecen. En este sentido parecen insistir en el mismo proyecto de restauración política que proponían en 1974, habiendo desaprovechado el cambio en la correlación de fuerzas sociales en 1983, al colocarse en una situación en la que la dictadura puede volver a subordinarlos, aun cuando esto no ocurra en la misma forma. Para justificar esta posición deben proyectar la imagen del dictador corrupto, que aprovecha su control de unas fuerzas armadas neutrales e inocentes, del mismo modo que antes atribuyeron el carácter de la dictadura a la influencia de los asesores civiles.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Ahumada, Jorge: (1958), *En vez de la miseria*, Santiago, Editorial del Pacífico.
- Angell, Alan: (1974), *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile*, México, Ediciones Era.
- Arriaga, Genaro: (1975), *De la vía chilena a la vía insurreccional*, reproducido en *Chile-América*, núm. 67-7, Roma.
- Arriaga, Genaro: (1970), *La oligarquía patronal chilena*, Santiago, Editorial Nueva Universidad.
- Arriaga, Genaro y Claudio Orrego: (1976), *Leninismo y democracia*, Santiago, Aconcagua.

- Boizard, Ricardo: (1963), *La Democracia Cristiana en Chile*, Santiago, Editorial Orbe.
- Charlin, Carlos (1972), *Del avión rojo a la República Socialista*, Santiago, Editorial Quimantú.
- Chonchol, Jacques: (1979), "Poder y reforma agraria en la experiencia chilena", *Chile hoy*, México, Siglo XXI.
- Faletto, Enzo y Eduardo Ruiz: (1979), "Conflicto político y estructura social", *Chile hoy*, México, Siglo XXI.
- French-Davis, Ricardo: (1973), *Políticas económicas en Chile, 1952-1970*, Santiago, CEPLAN-Editorial Nueva Universidad.
- Foxley, Alejandro y otros: (1983), *Reconstrucción económica para la democracia*, Santiago, Editorial Aconcagua-CIEPLAN.
- Frei, Eduardo: (1975), *El mandato de la historia*, reproducido en *Chile-América*, núm. 14-15, Roma, enero-febrero de 1976.
- Garretón, Manuel Antonio: (1983), *El proceso político chileno*, Santiago, FLACSO.
- Gumocio, Rafael A.: (1963), "De la Falange a la Democracia Cristiana", en Ricardo Boizard, *La Democracia Cristiana en Chile*, Santiago, Editorial Orbe.
- Grayson, George: (1968), *El partido Demócrata Cristiano chileno*, Buenos Aires-Santiago, Editorial Francisco de Aguirre.
- Hacia la comunidad organizada*, panfleto de propaganda de la promoción popular publicado por el gobierno de Frei.
- Johnson, Dale (editor): (1973), *The Chilean road to socialism*, Nueva York, Anchor Books.
- Johnson, John J.: (1958), *Political change in Latin American. The emergence of the middle sectors*, Stanford, California, Stanford University Press.
- Labarca, Eduardo: (1971), *Chile al rojo*, México, Juan Pablos, editor.
- Labarca G., Eduardo: (1968), *Chile invadido, Reportaje a la intromisión extranjera*, Santiago, Editorial Austral.
- Larson, Oscar: (1967), *La ANEC y la Democracia Cristiana*, Santiago, Editorial Ráfaga.
- Lechner, Norbert: (1970), *La democracia en Chile*, Buenos Aires, Editorial Signos.
- Lehman, David: (1974), "Agrarian reform in Chile 1965-1972", tesis, Universidad de Oxford.
- Levinson, Jerome y Juan De Onis: (1970), *The alliance that lost its way*, Chicago, Quadrangle Books.
- Libro Azul*: (1962), Santiago, Editorial del Pacífico.
- Los siete misterios de la promoción popular*, panfleto de propaganda de la promoción popular publicado por el gobierno de Frei.
- Loveman, Brian: (1976), *Struggle in the countryside. Politics and rural*

- labor in Chile* (1919-1973), Bloomington y Londres, Indiana University Press.
- Muller, Urs: (1972), "La voz de las cifras" (1957-1971)", *Cuadernos de la Realidad Nacional*, núm. 14.
- Olavarría Bravo, Arturo: (1966), *Chile bajo la Democracia Cristiana*, Santiago, Editorial Nascimento, vol. I.
- Orrego V., Claudio: (1969), *Solidaridad o violencia, el dilema de Chile*, Santiago.
- Orrego, V., Claudio: (1972), *El paro nacional. Vía chilena contra el totalitarismo*, Santiago, Editorial del Pacífico.
- Petras, James: (1972), *Politics and social forces in Chilean development*, Berkeley, University of California Press.
- Política y Espíritu*, revista del PDC, octubre de 1967.
- Silva Solar, Julio y Jacques Chonchol: (1965), *El desarrollo de la nueva sociedad en América Latina*, Santiago, Editorial Universitaria.
- "III Christian Democratic World Conference. Final Report" (mimeo.), 1961, Santiago.
- Urzúa, Germán: (1984), *Diccionario político institucional de Chile*, Santiago, Editorial Jurídica de Chile.
- U. S. Senate. Select Committee to study governmental actions with respect to intelligence activities. Staff report: *Covert action in Chile 1963-1973*, Washington (1975), U. S. Government Printing Office.
- Vanderschueren Franz: (1973), "Political significance of neighborhood committees in the settlements of Santiago", *The Chilean road to socialism*, Nueva York, Anchor Books.
- Vekemans, Roger: (1967), "Marginalidad, incorporación e integración", *Boletín del Centro de Documentación del Instituto de Estudios Sociales*, núm. 37, Santiago.
- Zaldívar, Andrés: (1977), "La construcción de un nuevo proyecto social es un proceso de transición gradual", *Chile-América*, núm. 28-29-30, febrero-marzo-abril, Roma.
- Zaldívar, Andrés: (1984), "La otra voz de la DC", *El Mercurio*, Santiago, 1 de abril.